

CELIA REYES DE VIANA

# VALORES PERMANENTES DE ARIEL

SUMARIO

Trabajo que obtuvo el 1er. premio en el Concurso organizado por el Consejo de Enseñanza Secundaria entre todos los profesores de la República, al cumplirse el 1er. cincuentenario de la aparición de "Ariel".

CELIA REYES DE VIANA

# Valores permanentes de Ariel

## SUMARIO

Editorial MOSCA HNOS. S. A.  
Montevideo, Uruguay — 1967

Esta es una edición de homenaje, modesto homenaje que MOSCA HNOS. S. A. ofrece con particular emoción y admiración sincera, al inmortal autor de "Ariel" en el 50º aniversario de su muerte.

En esta circunstancia nos ha parecido muy conveniente ofrecer a la juventud de nuestra patria, este ensayo de la Prof. Celia Reyes de Viana sobre los "Valores permanentes de Ariel" que es en síntesis, el análisis profundo sobre Rodó educador. Todo cuanto se haga, se escriba o se hable sobre este tema siempre será poco, sobre todo en estos penosos momentos en que la humanidad, parece perder de vista los valores permanentes del espíritu que son en definitiva los valores permanentes del hombre.

VALORES PERMANENTES DE ARIEL obtuvo el primer premio en el Concurso Nacional organizado por el Consejo de Enseñanza Secundaria y Preparatoria entre los profesores de su organismo al cumplirse los 50 años de la aparición de "ARIEL".

Su autora, la Prof. Celia Reyes de Viana, de profunda vocación educativa, tiene activa actuación en la docencia de Enseñanza Secundaria y es poseedora de una vasta cultura integral y preparación científica. Sus clases son verdaderos laboratorios de trabajo en procesos de educación "viva". Su actuación en liceos de la capital y del interior del país, tanto en la ciudad como en los pequeños núcleos rurales, en liceos nocturnos de Enseñanza Secundaria, en tribunales de exámenes de Ciencias de la Educación, Filosofía y Arte en todo el país, la ha hecho vivir la realidad educativa nacional en lo que se refiere a problemas de aprendizaje. Trabajadora incansable en materia educativa, es autora de varias obras que han obtenido premios nacionales. Como periodista y ardiente defensora de una verdadera cultura democrática, a alto nivel, ha escrito numerosos ar-

tículos sobre la educación de los adolescentes publicados en diarios y revistas y ha participado en materia de Ciencias de la Educación como Delegada del Gobierno del Uruguay ante la XII Conferencia General de la UNESCO (1962).

En VALORES PERMANENTES DE ARIEL realiza un serio estudio sobre RODO EDUCADOR en un enfoque enteramente original y poco conocido.

La obra de José Enrique Rodó ha sido analizada casi exclusivamente por los valores literarios de su pluma en todos los Ensayos que hasta el presente se han escrito.

La Prof. Reyes de Viana inicia un nuevo estudio acerca del contenido educativo del pensamiento del MAESTRO DE JUVENTUDES, demostrando como, en forma latente, están en Rodó los fundamentos que han de adquirir potencialidad en materia de educación democrática en la obra de los filósofos como John Dewey (Democracia y Educación, Libertad y Cultura), Eduard Spranger (Sicología de la Edad Juvenil), Max Scheler (El Saber y la Cultura), y Juan Mantovani (Educación y Plenitud Humana) más de treinta años después de la aparición de ARIEL.

LOS EDITORES.

Montevideo, junio de 1967.

VALORES PERMANENTES DE ARIEL —  
PRIMER PREMIO — Concurso realizado por el  
Consejo de Enseñanza Secundaria entre todos los  
profesores de E. Secundaria con motivo de cum-  
plirse los 50 años de aparición de Ariel.

Fue presentado con el Seudónimo ECCE-  
HOMO. Ignorando en absoluto los miembros del  
Tribunal el autor del mismo hasta la apertura de  
los sobres. Consta en carta personal del Ex-Presi-  
dente de la Academia de Letras Prof. José Pereira  
Rodríguez.

Integraron el Tribunal los Prof. Juan Carlos  
Sabat Pebet, Prof. Roberto Ibáñez (Director del  
Archivo Rodó), Prof. Wilfredo Pi y Prof. Eustaquio  
Tomé.

Se consideró que era un enfoque que nunca  
se había hecho de José Enrique Rodó.

## VALORES PERMANENTES DE ARIEL

### SUMARIO

Trabajo que obtuvo el 1er. premio en el Concurso organizado por el Consejo de Enseñanza Secundaria entre todos los profesores de la República, al cumplirse el 1er. cincuentenario de la aparición de "Ariel".

### PROLOGO

- I) El concepto de lo humano.
  - II) Educar a la juventud es humanizar.
  - III) La belleza, expresión humana de vida espiritual superior.
  - IV) La democracia, expresión humana de convivencia social.
  - V) La latinidad, esencia del hombre americano.
  - VI) Páginas de oro de la literatura americana.
- Conclusión.

### PROLOGO

"...Ha llegado tal vez el momento de considerarlo en sí mismo, aparte de sus antecedentes, contemporáneos y discípulos. Hay un Rodó que implacablemente el tiempo va destruyendo; hay un Rodó fijado o que permanece inalterable como las figuras ya inmutables de las consagraciones universitarias; hay por fin un Rodó que va continuamente viviendo, rehaciéndose, creándose a través de una energía inagotable de espíritu y belleza. No nos interesa el Rodó que ha sido origen de tantos libros, que se destruye al mismo ritmo de las ideologías y los temas de su tiempo; tampoco nos preocupa el Rodó inmóvil en la fijeza de las adoraciones oficiales o de los descuidos analíticos. Sólo nos atraerá el Rodó viviente, renovado, creciendo a expensas de una inmanencia de energías infinitas..."

(Emilio Oribe. El pensamiento vivo de Rodó. 1944, pág. 10. Editorial Losada).

Esta quiere ser nuestra posición inicial. Intentamos hacer el estudio de Ariel a través de nuestro sentir de profesores de Enseñanza Secundaria, animados de profundas inquietudes en lo que se refiere a nuestra misión de educadores en un momento crucial de la humanidad.

Deseamos ver a Rodó consagrado como precursor del movimiento pedagógico actual de valores humanísticos: educar a la juventud, desentrañar sus valores, comprenderla en su sentido humano sea cual sea su escenario de acción y diferencias individuales existentes, mirándola como algo vivo, eternamente cambiante.

Deseamos poder mostrar a un Rodó, "como fruto emancipado del tiempo, que se acrecienta, impulsado por el potente dinamismo de su íntima naturaleza, sin deberle casi nada a los acontecimientos exteriores..." (Ob. cit. Pág. 11).

Entramos a estudiar a Ariel, a descubrir sus valores permanentes con la peligrosidad del que entra en recintos sagrados, con el espíritu amplio y abierto a las grandes revelaciones.

## I

### EL CONCEPTO DE LO HUMANO

"...no puede hablarse del hombre como de una cosa —ni siquiera como de una cosa solo relativamente constante— sino más propiamente de humanización, de un proceso eterno, siempre posible, que debe realizarse libremente en todo instante; hay un solo devenir hombre, que no cesa ni el tiempo histórico, a menudo con formidables recaídas en relativa animalidad. En cada momento de la vida estas recaídas luchan en el individuo, y en pueblos enteros con el proceso de humanización." (Max Sheller — El Saber y la Cultura. E. Espasa Calpe 2ª Ed. 1944, Pág. 32).

La inquietud filosófica del siglo actual nos conduce al encuentro del hombre en sus valores propiamente humanos.

El concepto clásico se reducía a creer en la potencia de los valores encerrados en su propio yo. Cuando se tuvo fe en ellos, en su existencia, se concibió al hombre como ser capaz de crecer interiormente hasta límites no sospechados, encerrado en sí mismo. Hoy hablamos de la trascendencia de lo humano.

La continua fragmentación de la ciencia humana, en sus múltiples especializaciones contribuyó a crear la idea de la diversidad de valores humanos. Cuando la ciencia estuvo reunida en el concepto clásico griego, bajo el común denominador de filosofía, pudo el hombre socrático exclamar como la verdad máxima: "conócete a ti mismo". El hombre había trascendido y vivía absorto en la interpretación de la naturaleza y habíase olvidado de sus valores immanentes. El yo socrático fue el paso decisivo del comienzo de las valoraciones humanas. El hombre griego adquirió en ese instante la posición señalada por Max Scheller: "Sólo en el hombre se separan el mundo de los objetos circundantes y la conciencia de un yo" adquiriendo su particularidad humana. Esa posición clásica llevada al extremo formó el concepto unilateral de lo humano. Visiones estelares en la historia recordaron a los hombres la existencia del yo socrático. Aquel cincel movido por la firme mano de Miguel Angel, en su escultura "La Pietá", para grabar su nombre ante la duda del público, acerca de quién era el autor de la maravillosa obra; el grito inmortal de la Revolución Francesa; las maravillosas sinfonías de Beethoven que hablan al mundo de extraordinarias riquezas interiores, empujaron al hombre a la afirmación de su esencia, a una concepción abstracta del hombre átomo, aislado de los demás. Mantovani nos dice "La filosofía nos había acostumbrado a pensarlo artificialmente, de acuerdo con una forma estrecha recogida de la historia o de la naturaleza como lo son: el zoon-politícón, de Aristóteles; el animal racional de los clásicos; el homo-sapiens de Linneo; el hombre poder de Machiavello; el homo-económicus de Marx; el super-hombre de Nietzsche; el hombre dionisiaco de Klages; el hombre líbido de Freud; el homo-faber, de los positivistas..." (Educación y plenitud humana. Mantovani. 2ª edic. Pág. 237. 1944).

El concepto primario de materia y espíritu acentuaba el concepto atomístico del hombre y no permitía verlo dentro de la trama de lo social, donde en forma concreta toma su aspecto netamente humano.

A la mitad de nuestro siglo XX vivimos la intensidad del problema, no en el campo abstracto de las divagaciones filosóficas sino en el plano de la realidad concreta que nos da la vida. Nunca, dice Max Scheller, se ha pensado más en lo humano.

"Ariel" abre sus páginas en el 1900 y brota de ellas, en un continuo trascender, el concepto humanista que concilia vida y espíritu, trazando la esencia de lo humano y sintetizándolo en la visión concreta del hombre latino-americano.

Cada época histórica, repetimos, ha tenido su concepción de hombre. El devenir histórico encierra aún innumerables tesoros en el descubrimiento de lo humano. El mundo actual trata de descubrirlo e

identificarlo en las obras de arte, en las páginas de oro de la literatura, en la multiplicidad de los sonidos de las partituras musicales, en el foro, en la expresión de lo religioso, en las organizaciones políticas. En un esfuerzo gigantesco se busca relacionar la más variada producción humana para buscar su esencia. El hombre plenario va sustituyendo lentamente al hombre-átomo. A través de los siglos hay algo que hermana a los hombres, hay algo irreductible, que es su propia esencia.

La última afirmación biológica que colocaba al hombre en la escala superior de la animalidad, la definición de hombre, animal racional, va siendo definitivamente superada.

Cuando Max Scheller nos dice que el hombre "es el ser en quien lo psíquico se ha liberado del servicio a la vida y se ha depurado ascendiendo a la dignidad de "espíritu", surge ante nosotros el propio simbolismo de Ariel representando "el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán..." (Max Scheller. El saber y la cultura, 2ª edic. 1944. Pág. 22).

En "Ariel" hay un constante encuentro con lo que atañe al hombre en su condición de humano. No es sólo el planteamiento de la lucha de Ariel y Calibán. Hay algo más que lo hace eterno; existe el descubrimiento de lo humano, a veces en resplandores que obligan una meditación profunda y otras en la forma tímida del que ve avanzar demasiado su pensamiento, a la época en que vive y tiene que temer que sean sueños, las realidades que descubre.

Existe en cada obra cumbre de la literatura una trama íntima que la sostiene y le da una vida eterna. En "Ariel" existe el constante descubrimiento de lo humano. No se trata solamente de defender los valores del espíritu, es la convicción de su existencia, de su realidad, de su esencia, de su totalidad. "Ariel" es el comienzo en América del estudio del hombre por lo que es propiamente hombre. Palpitan en él los conceptos del hombre plenario de Max Scheller.

"Aspirad pues, a desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud de vuestro ser" ("Ariel", pág. 35, 5ª edic. 1944).

Allí, en la expresión sencilla, el pensamiento de Rodó se profundiza, alcanzando valores que perdurarán en el tiempo.

Frente a la juventud que escucha, nos dice "Próspero"... "Los unos seréis hombres de ciencia; los otros seréis hombres de arte; los otros seréis hombres de acción. Pero por encima de los afectos que hayan de vincularlos individualmente a distintas aplicaciones y distintos modos de vida, debe velar en lo íntimo de vuestra alma, la conciencia fundamental de nuestra naturaleza, que exige que cada

individuo humano sea, ante todo y sobre toda otra cosa, un ejemplar no mutilado de humanidad, en que ninguna noble facultad del espíritu quede obliterada y ningún alto interés de todos pierda su virtud comunicativa." Y agrega: "Antes que las modificaciones de profesión y de cultura está el cumplimiento del destino común de los seres racionales. "Hay una profesión universal que es la del hombre" ha dicho admirablemente Guyau ("Ariel", pág. 34 - 5ª edic. 1944).

Guyau y Renán toman en "Ariel" un lugar de preferencia. Hacia ellos acude Rodó buscando su propio pensamiento. Hay en la búsqueda una inquietud que revela la trascendencia de su yo, al mundo de los valores en el reino de la cultura. Guyau y Renán están presentes en "Ariel" para confirmar el concepto de lo humano de Rodó.

Y lo vemos cuando, leyendo a Renán nos extrae estas palabras que denuncian la búsqueda de lo humano "...el fin de la criatura humana no puede ser exclusivamente saber, sentir, ni imaginar, sino ser real y enteramente humana".

Esta visión antropológica es la que palpita en nuestro siglo anunciada por "Ariel". "Lo necesario de la consagración particular de cada uno de nosotros a una actividad determinada, a un solo modo de cultura, no excluye ciertamente, la tendencia de realizar, por la íntima armonía del espíritu, el destino común de los seres racionales". ("Ariel", pág. 35 - 5ª edic., 1944).

La búsqueda del destino humano alentó a los hombres de siglos y siglos atrás y perdura en nuestros días. El concepto de lo eterno estuvo siempre en su esencia. Nunca el hombre lo rechazó plenamente. Ese era un concepto "a priori" para unos, "a posteriori" para otros. Lo eterno estaba en la piedra con que se construían las tumbas, palacios y templos, lo eterno estaba en el fuego, en el principio de "nada se crea ni nada se destruye", lo eterno tomaba las más variadas expresiones de lo religioso. A medida que se ampliaba más el horizonte filosófico, el hombre se alejaba más de sí mismo. Encerrado en el concepto racionalista que en arco gigantesco se extiende desde el 1600 al 1900 empujó a lo eterno al plano metafísico. Existía lo que podríamos llamar "la fuga de lo humano".

"Ariel" descubre y anuncia en las puertas del siglo veinte, el destino del hombre en el hombre mismo, el concepto de lo eterno formando parte de la propia esencia humana. Cuando en las palabras de Rodó encontramos su concepción cristiana descubrimos en ella la profundidad de su búsqueda por lo humano. "El Cristianismo —afirma Max Scheller— con sus doctrinas del dios hombre y del hombre como hijo de Dios, representa en conjunto, una nueva exaltación de la conciencia que el hombre tiene de sí mismo: piense el hombre bien o mal de sí mismo, atribúyese aquí como hombre una importancia cós-

mica y metacósmica, que nunca el griego y el romano se hubieran atrevido a atribuirse" (Ver Educación y cultura de Mantovani, 2ª edic., pág. 226). Lo que perdura a través de los siglos es lo humano, lo que une a todos los pueblos y a todas las épocas es lo humano. Nada de buscarle al hombre destinos ajenos a su propia esencia.

"Dentro de la complejidad de nuestra cultura, dentro de la diferenciación progresiva de caracteres, de aptitudes, de méritos, que es la ineludible consecuencia del progreso en el desenvolvimiento social, cabe salvar una razonable participación de todos en ciertas ideas y sentimientos fundamentales, que mantengan la unidad y concierto de la vida, en ciertos **intereses del alma**, ante los cuales la dignidad de ser racional no consiente la diferencia de ninguno de nosotros". (Ariel, ob. cit. pág. 39).

Y más adelante afirma:

"Una vez más; el principio fundamental de vuestro desenvolvimiento, vuestro lema en la vida, debe ser mantener la integridad de vuestra condición humana. Ninguna función particular debe prevalecer jamás sobre esa finalidad suprema". (Ariel, ob. cit. pág. 44).

Pero se hace necesario advertir que en lo humano no existen dogmas que encierren su concepto en moldes rígidos. En su propia esencia está el proceso interminable de humanización.

El hombre supera la brevedad de su vida física. Su aspiración a lo eterno lo impulsa al desenvolvimiento pleno de su potencial humano. Por eso el hombre no tiene la inmovilidad de la piedra, es un continuo proceso, es un venir realizándose en todos sus valores que se desarrollan en el tiempo y se proyectan en el porvenir.

Dice Rodó: "A medida que las sociedades avanzan el pensamiento del porvenir entra por mayor parte como uno de los factores de su evolución y una de las aspiraciones de sus obras. Desde la imprevisión oscura del salvaje, que sólo divisa del futuro lo que falta para terminar de cada período de sol y no concibe cómo los días que vendrán pueden ser gobernados en parte desde el presente, hasta nuestra preocupación solícita y previsor de la posteridad, media un espacio inmenso que acaso parezca breve y miserable un día. Sólo somos capaces de progreso cuando lo somos de adaptar nuestros actos a condiciones cada vez más distantes de nosotros, en el espacio y en el tiempo. La seguridad de nuestra intervención en una obra que haya de sobrevivirnos fructificando en los beneficios del futuro, realza nuestra dignidad humana, haciéndonos triunfar de las limitaciones de nuestra naturaleza" (Ariel, ob. cit. pág. 110).

"Si por desdicha la humanidad hubiera de desesperar definitivamente de la inmortalidad de la conciencia individual, el sentimiento

más religioso con que podría sustituirla sería el que nace de pensar que, aun después de disuelta nuestra alma en el seno de las cosas, persistiría en la herencia que e transmiten las generaciones humanas lo mejor de lo que ella ha sentido y ha soñado, su esencia más íntima y más pura, al modo como el rayo lumínico de la estrella extinguida persiste en lo infinito y desciende a acariciarnos con la melancólica luz". (Ariel, ob. cit. pág. 110).

"...Y es un alto honor de nuestro siglo el que la fuerza obligatoria de esa preocupación por lo futuro, el sentimiento de esa elevada imposición de la dignidad del ser racional, se haya manifestado tan claramente en él, que aun en el seno del más absoluto pesimismo, aun en el seno de la amarga filosofía que ha traído a la civilización occidental, dentro del loto de Oriente, el amor a la disolución y la nada, la voz de Hartman ha predicado, con la apariencia de la lógica, el austero deber de continuar la obra de perfeccionamiento, de trabajar en beneficio del porvenir, para que, acelerada la evolución por el esfuerzo de los hombres, llegue con más rápido impulso a su término final, que será el término de todo dolor y toda vida".

"Pero no como Hartman, en nombre de la muerte, sino en el de la vida misma y la esperanza, yo os pido una parte de vuestra alma para la obra del futuro." (Ariel, ob. cit. pág. 111).

En esta vertiente del pensamiento, Rodó afirma la trascendencia de lo humano, el proceso eterno de humanización, el continuo transformarse mirando hacia el porvenir, buscando que los hombres adquieran en procesos infinitos, su condición plenamente humana. El hombre liberado de un determinismo, supera su vida física y adquiere conciencia de la eternidad de sus valores.

Mantovani recorre esos senderos y llega a concretar en su pensamiento, conceptos que están latentes en "Ariel". "...humanizar equivale a sobreponer a la naturaleza primigenia del ser individual, principios y contenidos que determinan la verdadera esencia humana". (Mantovani, La Educación y sus tres problemas, pág. 57, 1ra. edic. 1943). Más adelante nos dice: "El hombre siente una necesidad intensa, dramática, de poseer una clara noción de sí mismo". (Mantovani, La Educación y sus tres problemas, pág. 58, 1ra. edic. 1943).

Pues bien, esa inquietud que Mantovani clasifica de dramática casi en la mitad del siglo XX, está en dos páginas de "Ariel" que se abre en las puertas del siglo.

La visión que Rodó tiene de lo humano en sus aspectos plenarios trascendentes y existenciales alcanza su punto máximo en su magnífica expresión del simbolismo de Ariel, que supera los valores literarios del mismo, penetrando en la doctrina filosófica del hombre, afirmando conceptos de valores insospechados, de proyección infinita.

“Ariel es la razón y el sentimiento superior. Ariel es este sublime instinto de perfectabilidad, por cuya virtud se magnifica y convierte en centro de las cosas, la arcilla humana a la que vive vinculada su luz —la arcilla miserable— de que los genios de Arimanes hablaron a Manfredo. Ariel es, para la naturaleza, el excelso coronamiento de su obra, que hace terminarse el proceso de ascensión de las formas organizadas, con la llamarada del espíritu. Ariel triunfante, significa idealidad y orden en la vida, noble inspiración en el pensamiento, desinterés en lo moral, buen gusto en el arte, heroísmo en la acción, delicadeza en las costumbres. Es el héroe epónimo en la epopeya de la especie; él es el inmortal protagonista; desde que con su presencia inspiró los débiles esfuerzos de racionalidad del primer hombre prehistórico, cuando por primera vez dobló la frente oscura para labrar el pedernal o dibujar una agorera imagen en los huesos de reno; desde que con sus alas avivó la hoguera sagrada que el ario primitivo, progenitor de los pueblos civilizados, amigo de la luz, encendía en el misterio de las selvas del Ganges, para forjar con su fuego divino el cetro de las razas superiores, se cierce, deslumbrante, sobre las almas que han extralimitado las cimas naturales de la humanidad; lo mismo sobre los héroes del pensamiento y del ensueño que sobre los de la acción y el sacrificio; lo mismo sobre Platón en el promontorio de Súnium, que sobre San Francisco de Asís en la soledad del Monte Albernia. Su fuerza incontrastable tiene por impulso todo el movimiento ascendente de la vida. Vencido una y mil veces por la indomable rebelión de Calibán, proscrito por la barbarie vencedora, asfixiado por el humo de las batallas, manchadas las alas transparentes al rozar el “eterno estercolero de Job”, Ariel resurge inmortalmente, Ariel recobra su juventud y su hermosura y acude ágil como al mandato de Próspero, al llamado de cuantos le aman e invocan en la realidad. Su benéfico imperio alcanza, a veces, aún a los que le niegan y le desconocen. El dirige a menudo las fuerzas ciegas del mal y la barbarie para que concurren, como las otras, a la obra del bien. El cruzará la historia humana, entonando como en el drama de Shakespeare, su canción melodiosa, para animar a los que trabajan y a los que luchan, hasta que el cumplimiento del plan ignorado a que obedece, le permita —cual se liberta, en el drama, del servicio de Próspero— romper sus lazos materiales y volver para siempre al centro de su lumbre divina” (Ariel, ob. cit. págs. 112-113).

El Concepto de lo humano está sintetizado en ese simbolismo de Ariel que difiere del genio de “La Tempestad”. No es algo exterior al hombre, es su fuerza inmanente, vive “en la arcilla humana, la supera y “la magnifica”, “es para la naturaleza, el excelso coronamiento de su obra”, “con su presencia inspiró los débiles esfuerzos de racionalidad del primer hombre”, “se cierce, deslumbrante, sobre

las almas que han extralimitado las cimas naturales de la humanidad”, está en todos, “lo mismo sobre los héroes del pensamiento y del ensueño que sobre los de la acción y el sacrificio”. No es algo inmóvil, estático, lo humano es transformable venciendo así la naturaleza del hombre llamada por Weismann la especie animal más fija (Max Scheller, El saber y la cultura, pág. 28). “Su fuerza incontrastable tiene por impulso todo el movimiento ascendente de la vida”.

Max Scheller nos dice: “El hombre que, como ser vital, es sin duda alguna un callejón sin salida de la naturaleza, término de ella y a la vez su más alta concentración, es muy otra cosa si se le considera como posible “ser espiritual”, como posible automanifestación del espíritu divino. En cuanto ser que puede “deificarse” a sí mismo, el hombre es algo más que ese callejón sin salida; es al mismo tiempo la clara y magnífica salida de ese callejón; es el ser en quien el ente originario comienza a saberse, a entenderse y a redimirse a sí mismo”. (Max Scheller, El saber y la cultura, pág. 31).

Y nosotros leyendo ese pensamiento de Max Scheller repetimos con Rodó: “Ariel es el sublime instinto de perfectabilidad, por cuya virtud se magnifica y convierte en centro de las cosas, la arcilla humana que vive vinculada a su luz”. “Vencido una y mil veces por la indomable rebeldía de Calibán... Ariel resurge inmortalmente...”. “Su benéfico imperio alcanza aún a los que lo niegan y lo desconocen...”.

Hay en todas estas palabras de Rodó una inquietud de pensamiento que se adelanta a su época. Por eso el concepto de lo humano que encierra “Ariel” tiene un valor eterno.

## II

### EDUCAR A LA JUVENTUD ES HUMANIZAR

“Pero nos desesperaría una formación humana que por salvar la vida fomentando sus modos de ser espontánea e inmediata, no aportara direcciones normativas. Evitar que la vida desborde y caiga en lo arbitrario y que la forma —normas racionales, esquemáticas, desvitalizadas— opriman hasta destruir la vida, es un principio directivo de la educación tanto más necesario a medida que avanza el proceso de formación humana. (Mantovani, Educación y plenitud humana, pág. 241, 2ª edic. 1944).

Emociona leer en “Ariel” la magnífica concepción del maestro. No hay página en que no trascienda la extraordinaria misión del

educador. El concepto de lo humano adquiere destacados relieves, cuando se desea desarrollar valores espirituales, que son en realidad, valores típicamente humanos.

Existe en "Ariel" el maravilloso descubrimiento del poder de la educación en la juventud. Próspero frente a ella tiene plena conciencia de su misión educadora y del poder de la misma. Vive un mundo pleno de valores y siente la necesidad imperiosa de transmitirlos. Ama al joven que lo escucha y desea vivamente que sus palabras puedan colaborar en la total realización de su personalidad. Entre ese mundo de valores y la juventud está el maestro, elemento viviente del acto educativo.

Y en ese instante decisivo en que se produce el diálogo de las almas, el educador olvida que viene a enseñar y es ese el momento en que educa plenamente. Ha dejado de venir a imponer ideas, a formar moldes exactos a su persona, ha venido a dejar vivir, que es el más difícil de todos los actos, ha venido a desarrollar manantiales de vida interior, ha venido a tratar que los jóvenes, desarrollando sus propios valores, adquieran cada vez más el carácter de seres humanos. Ha venido a humanizar.

Rodó a la manera de Spranger trata de que la juventud "viva los valores" que es en realidad lo que organiza al hombre. "Anhele colaborar en una página del programa que, al prepararos a respirar el aire libre de la acción, formularéis, sin duda, en la intimidad de vuestro espíritu, para ceñir a él vuestra personalidad moral y vuestro esfuerzo. Este programa propio —que algunas veces se formula y escribe; que se reserva otras para ser revelado en el mismo transcurso de la acción— no falta nunca en el espíritu de las agrupaciones y los pueblos que son algo más que muchedumbres. Si con relación a la escuela de la voluntad individual, pudo Goethe decir profundamente que solo es digno de la libertad y de la vida quien es capaz de conquistarlas día a día para sí, con tanta más razón podría decirse que el honor de cada generación humana exige que ella se conquiste, por la perseverante actividad de su pensamiento, por el esfuerzo propio, su fe en determinada manifestación del ideal y su puesto en la evolución de las ideas". (Ariel, ob. cit. pág. 23).

Hacer vivir los propios valores, hacer adquirir la conciencia del yo, hecho potencia, puntal decisivo en la formación de la personalidad, es obra del que en realidad educa en el concepto modernísimo de la palabra.

Ellen Key anuncia en el 1900 que el siglo XX será el Siglo de los Niños. No habrá ya deformaciones espirituales, el niño ha de ser hondamente respetado. Rodó con su "Ariel" penetra en campos todavía ignorados y en una forma suprema afirma: "La juventud

que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables. Amad ese tesoro y esa fuerza; haced que el altivo sentimiento de su posesión permanezca ardiente y eficaz en vosotros".

El paso que da Rodó es de vital trascendencia. Habrá que enseñar a los hombres a que respeten la personalidad del niño, pero a la juventud, no. A ella le toca hacer respetar sus propios valores, pues tiene que adquirir la conciencia de su poder.

Mantovani en la última página de su libro "La educación y sus tres problemas nos dice: "Un niño si tuviera conciencia desarrollada y segura dictaría al educador la actitud que debe adoptar frente a él. Sería algo así como la voz de la creación para resguardar su delicado fruto bajo el abrigo del espíritu. Le diría: he venido a realizarme, a vivir. Incapaz de proveerme por mí mismo, necesito saturar mi vida de valores y espíritu, humanizarme. Debo madurar en la relación progresiva con mis semejantes, la historia y los bienes de la cultura. Para eso necesito sentir la presencia de un educador. Necesito su alma y no sus manos. No hay cera que pueda moldearse a capricho ni un vacío que deba llenarse... Represento un destino impreciso que debe ser alentado para cumplirse. Una voluntad indeterminada que debe seguir el cauce moral. No se me agobie toscamente, ni se me abandone". (Edic. cit. año 1943).

Para Rodó es la propia juventud la que saldrá en defensa de sus valores "Entrad a la vida, que os abre sus hondos horizontes, con la noble ambición de hacer sentir vuestra presencia en ella desde el momento que la afrontéis con la altiva mirada del conquistador." (Ariel, ob. cit., pág. 35). ... "La alegría de vuestra palabra y de vuestro ejemplo puede llegar hasta incorporar las fuerzas vivas del pasado a la obra del futuro". (Ariel, ob. cit. pág. 34).

Mucho se ha avanzado en el presente siglo en el problema de la educación infantil. Hablamos de educación funcional, genética y social de Dewey, de la educación "por la vida y para la vida" con Decroly, de la educación "del hombre para la superiorización de la cultura" con Estable y en la inquietud pedagógica del presente buscamos orientar a una humanidad empezando por la formación humanizadora de los niños.

No sucede lo mismo en el estudio de la educación de la juventud. Todavía falta mucho por saber. El estudio de la adolescencia realizado en los planes biológicos oscurece el panorama psíquico. Nos conformamos con un aceptable paralelismo psicofisiológico, pero nuestra convicción no es totalmente profunda. En ninguna edad, como la que comprende los años juveniles presenta diferencias más individuales. Cada joven es un ir realizándose con valores netamente pro-

pios, con alteraciones físicas que pueden o no tener sus concomitantes psicológicos.

Según Luzuriaga la juventud es la edad del descubrimiento del yo "como el de un gran mundo propio aislado de los demás"; es "la vivencia de la gran soledad".

Por eso todo lo que "Ariel" refiere en particular a la educación de la juventud adquiere magníficos relieves, de valores eternos, por la penetración en ese mundo todavía casi totalmente inexplorado.

Es en aquella frase tan conocida de Rodó: "Pienso que hablar a la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada" donde descubrimos el respeto del Maestro, al pronunciar palabras que sabe que penetrarán en "la soledad" del alma juvenil, respetando u oscureciendo luces ignoradas.

Queda como una de las interrogantes de "Ariel", como Rodó se consubstanció en los problemas de la juventud y como los comprendió en una forma tan decisiva como para ser capaz de imprimirles rumbos. Existe en sus palabras la profunda convicción de lo delicado de su misión, pero la afronta con la energía del que ve impregnada su alma con el "eros" pedagógico.

Su concepto de lo humano lo impulsa a ver a la juventud como un proceso completo de humanización. El joven debe ser lo que es, para ir adquiriendo progresivamente su posición humana, pasando desde la "virtualidad recóndita", a la posición de ser plenario, existencial.

La pedagogía de la adolescencia se ve enriquecida con los aportes de "Ariel". Podría ser que los pedagogos de escuela, consideren que sus datos no se apoyan en bases científicas, pero en el acto educativo el valor de la intuición pedagógica es inmenso. El conocer a la juventud es penetrar en campos que van más allá de la naturaleza primigenia. Rodó tiene plena conciencia de que es la época del descubrimiento de valores y del análisis del valor del yo y los del mundo de la cultura. Acaso sea un símbolo la actitud adoptada por los discípulos de Próspero, de lo que es la educación de la juventud. Ninguno habla. Hay un silencio que conmueve. No existe la total aceptación de las palabras del Maestro aunque todos callen. La palabra penetra en el alma de los jóvenes: "Quisiera ahora para mi palabra la más suave y persuasiva unción que ella haya tenido jamás...". (Ariel, ob. cit. pág. 32). Allí en la "individualidad" serán transformadas, sin saberse las proyecciones futuras. Hay despertar de sentimientos que no es fácil adivinarlos. El adolescente deja de ser el ser que vive en el mundo de los objetos; de afuera marcha hacia adentro, hacia valores puramente subjetivos.

Pero hay en Rodó una convicción profunda. Existe la seguridad absoluta de que en esa época de la vida hay formación de ideales que van a repercutir en el continuo trascender de lo humano. "Pienso también que el espíritu de la juventud es un terreno generoso donde la simiente de una palabra oportuna suele rendir, en corto tiempo, los frutos de una inmortal vegetación".

El principio de la educabilidad humana es aceptado sin reservas. La juventud es educable y allí está el más serio de los peligros. Todo lo que penetra en el alma juvenil da frutos. Rodó se inclina por creer que será una inmortal vegetación. Por eso, si es fácil enaltecerla, es también fácil amargarla. Pero la juventud tiene en sí misma medios profundos de autodefensa. "El cuidado de la independencia interior —la de la personalidad, la del criterio— es una principalísima forma de respeto propio". (Ariel, ob. cit. pág. 78).

Tal confianza existe en los valores de la discriminación juvenil que nos dice: "Yo he conceptuado siempre vano el propósito de los que constituyéndose en avizores vigías del destino de América, en custodios de su tranquilidad, quisieran sofocar, con temeroso recelo, antes que llegase a nosotros, cualquier resonancia de humano dolor, cualquier eco venido de literaturas extrañas, que, por triste e insano, ponga en peligro la fragilidad de su optimismo. Ninguna firme educación de la inteligencia puede fundarse en el aislamiento candoroso o en la ignorancia voluntaria. Todo problema propuesto al pensamiento humano por la Duda; toda sincera reconversión que sobre Dios o la naturaleza se fulmine, del seno del desaliento y el dolor, tienen derecho a que los dejemos llegar a nuestra conciencia y a que los afrontemos. Nuestra fuerza de corazón ha de probarse aceptando el reto de la Esfinge, y no esquivando su interrogación formidable". (Ariel, ob. cit. págs. 31-32).

Quizás no haya una página de tan altos valores pedagógicos como la que precede. Allí en esas palabras, está la actitud del educador en su esencia íntima. Se trata firmemente de darle a la juventud la totalidad de los valores culturales. No debe haber "mutilación" de valores. Debe adquirir la visión de la totalidad de la vida con sus elementos negativos y positivos. Solo así puede surgir la conciencia de lo humano. Lorenzo Luzuriaga nos dice: "La adolescencia es la época de la experimentación, de la prueba, del tanteo de la futura personalidad y nada debe por ello oprimirla ni agotarla, sino por el contrario, dejarle un amplio margen de iniciativa y libertad".

Rodó va más allá al hacer conciliar la libertad del pensamiento y de iniciativa con la acción eficaz. El principio de libertad absoluta no puede formar hombres pues se pasará a la esclavitud de las pasiones desarrolladas sin control alguno. Es la verdad planteada por

Mantovani: "evitar que la vida desborde y caiga en lo arbitrario", la que vive en "Ariel".

Lo fundamental en la educación no es trazar normas, es sugerirlas como nuevas valoraciones. Existe una continua trasmutación de principios. Lo importante es seleccionarlos y solamente la juventud consciente de sus valores puede marchar sin dudas en su proceso de humanización.

Esta es la palabra de Rodó. "No olvidéis, además, que en ciertas amarguras del pensamiento hay, como en sus alegrías, la posibilidad de encontrar un punto de partida para la acción enérgica, hay a menudo sugerencias profundas". (Ariel, ob. cit., pág. 32).

"La fe en el porvenir, la confianza en el esfuerzo humano, son el antecedente necesario de toda acción enérgica y de todo propósito fecundo. Tal es la razón por la que he querido comenzar encareciéndolos la inmortal excelencia de esa fe que, siendo en la juventud un instinto, no debe necesitar seros impuesta por ninguna enseñanza, puesto que la encontraréis indefectiblemente dejando actuar en el fondo de vuestro ser la sugestión divina de la naturaleza". (Ariel, ob. cit., pág. 33).

Muchos años más tarde de la aparición de "Ariel" se plantea en la educación, como realidad tangible, los valores inmanentes del educando.

Lo difícil en la educación de la juventud es enseñar a mirar, a examinar problemas para luego tomar una posición vital, y entrar en acción. "El descubrimiento que revela tierras ignoradas necesita completarse con el esfuerzo viril que las sojuzga". (Ariel, ob. cit., pág. 24). "No os encojáis de hombros delante de ninguna noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana, a pretexto de que vuestra organización individual os liga con frecuencia a manifestaciones diferentes. Sed espectadores atentos allí donde no podáis ser actores". (Ariel, ob. cit., pág. 35).

Próspero habla frente a sus discípulos que permanecen en silencio, que callan en "Ariel" pero no logramos ni un instante olvidarnos de su presencia. Desarrolla valores, da confianza para la acción, pero no cumpliría su misión de maestro si de sus labios no partiera el consejo que impulsa hacia la vida ascendente. "Yo os ruego que os defendáis, en la milicia de la vida, contra la mutilación de vuestro espíritu por la tiranía de un objetivo único e interesado. No entreguéis nunca a la utilidad o a la pasión, sino una parte de vosotros. Aun dentro de la esclavitud material, hay la posibilidad de salvar la libertad interior; la de la razón y del sentimiento. No tratéis, pues, de justificar, por la absorción del trabajo o el combate, la esclavitud de vuestro espíritu".

Cabe preguntar: ¿Es irreal ese silencio de la juventud frente a la palabra del maestro que desarrolla valores, que presenta panoramas de intenso valor subjetivo? Spranger nos descubre el secreto: "Acucia a la juventud de hoy, tanto a la estudiosa como a la de las clases escolares, un hambre de comprensión de lo humano, que pide ser satisfecha." (Spranger, Las ciencias del espíritu y la escuela, pág. 63).

Rodó descubre en la juventud que lo escucha esa ansia incontenible y, en magnífico proceso, despierta valores y con mano firme dirige ideas, adquiriendo relieves magníficos la función del educador.

El joven escucha porque parte de sus ansias palpitan en las palabras del maestro. "No hace falta sino reflexionar que aire respira diariamente el joven actual; no es precisamente el de clasicismo humanista; su alma se halla anegada, al menos en las grandes ciudades, en tan diferentes experiencias vitales que le falta para esta magna y sublime vivencia, suelo propicio y antes que nada **tranquilidad interior**." (Spranger, pág. 65, ob. cit.).

Y Próspero viene a poner orden en las vivencias. "De los pueblos que sienten y consideran la vida como vosotros, será siempre la fecundidad, la fuerza, el dominio del porvenir". (Ariel, ob. cit. pág. 26). "Yo sé bien que el entusiasmo es una surgente vida en vosotros. Yo sé bien que las notas de desaliento y de dolor que la absoluta sinceridad del pensamiento —virtud más grande que la esperanza— ha podido hacer brotar de las torturas de vuestra meditación, en las tristes e inevitables citas de la Duda, no era indicio de un estado de alma permanente ni significaron en ningún caso vuestra desconfianza respecto de la eterna virtualidad de la Vida. Cuando un grito de angustia ha ascendido desde el fondo de vuestro corazón, no habéis sofocado antes de pasar por vuestros labios, con la austera y muda altivez del estoico en el suplicio, pero habéis terminado con una invocación al ideal **que vendrá**, con una nota de esperanza mesiánica." (Ariel, ob. cit. pág. 31).

Y surge la palabra serena que aplaca las dudas, que da confianza a la acción: "Hablemos, pues, de cómo consideraréis la vida que os espera".

Sería fácil para Rodó exponer los elementos básicos del hombre plenario, construir el tipo ideal de hombre y presentarlo a la juventud.

Pero asumir esa actitud sería defraudar su hondo concepto de educador, sería poner frente a los ojos de la juventud formas vacías "...al hablarlos del entusiasmo y de la esperanza; no es mi propósito enseñaros a trazar la línea infranqueable que separa el escepticismo de la fe, la decepción de la alegría." (Ariel, ob. cit. pág. 31). Rodó espera que cada uno, en forma individual forme la imagen

del hombre ideal, que se produzca en él el concepto de "deidificación" de lo humano. Solo en ese instante el hombre entra de lleno en el proceso inextinguible de humanización.

En forma que sobrepasa los valores literarios para entrar de lleno en el campo de lo pedagógico, Próspero hace uso del método que nos describe Mantovani en su libro "La educación y los tres fines", (pág. 46): "La capacidad primera y fundamental de un método es saber retraerse, dejar crecer sin intervenir; luego dirigir sin que se sienta la coacción; y finalmente comprobar que esa coacción se ha convertido en substancia subjetiva del que se educa".

Próspero habla. Hay en su palabra una fuerza de sugestión que desarrolla valores dando los mismos. Hay instantes en que hay tanta fuerza de emoción en sus palabras, tal firmeza en sus rebeldías de pensamiento que pensamos que es el joven el que habla y no el maestro. Enseña viviendo las enseñanzas, sintiendo en sí las mismas dudas que pueden palpar en el alma del adolescente. "Ser incapaz de ver en la Naturaleza más que una faz; de las ideas e intereses humanos más que uno solo equivale a vivir envuelto en una sombra de sueño horadada por un rayo de luz. La intolerancia, el exclusivismo, que cuando nacen de la tiránica obsesión de un alto entusiasmo, del desborde de un desinteresado propósito ideal, pueden merecer justificación, y aún simpatía se convierte en la más abominable de las inferioridades cuando, en el círculo de la vida vulgar, manifiestan la limitación de un cerebro incapacitado para reflejar más que una parcial apariencia de las cosas". (Ariel, ob. cit. pág. 36).

Spranger le llamaría a esta posición de Próspero el ejemplo vivo de la "comprensión", "un acoplamiento de sujeto y objeto, una síntesis de las configuraciones vitales; y precisamente en esta compenetración descansa la participación interior de formas espirituales y ajenas, que trascienden el espacio y el tiempo". (Las ciencias del espíritu y la escuela, pág. 72. Edit. Losada. 1942).

Próspero adquiere en el acto de educar múltiples transformaciones que lo agigantan a veces y crece como maestro llamado a enseñar y se empequeñece otras, manteniéndose en el plano de conciencia del joven que lo escucha. Hay un continuo fluctuar de valores: afirma, niega, pregunta, enciende entusiasmos, dirige reproches, duda... "¿Será de nuevo la juventud una realidad de la vida colectiva, como lo es en la vida individual? Tal es la pregunta que me inquieta mirándoos..." (Ariel, ob. cit. pág. 30).

La juventud que lo escucha no habla. En ese profundo silencio presentimos choques de almas. Próspero entonces crece, ha venido a poner la duda en el alma de la juventud que es siempre una continua afirmación, ha venido a humanizarla. Basta que examinemos las pa-

labras que pronuncia al encontrar en Renán las cualidades de maestro: "Aún cuando enseña a dudar, su suavidad exquisita tiende una onda balsámica sobre la duda. Sus pensamientos suelen dilatarse, dentro de nuestra alma, con ecos tan inefables y tan vagos que hacen pensar en una religiosa música de ideas". (Ariel, pág. 58) —para adivinar en ellas su profunda vocación de maestro. Sólo admiramos aquello que expresa la perfección de nuestros sueños.

Leemos y releemos las páginas de "Ariel" y nuevos positivos valores educativos aparecen a cada instante. Si bastaran dos palabras para resumir la actitud del maestro diríamos: ha venido frente a la juventud para HACER PENSAR, que equivale, dentro de la moderna visión antropológica, a decir: ha venido a HUMANIZARLA.

---

Volvamos nuestro recuerdo a las primeras páginas de "Ariel". Descubramos dentro de las actitudes iniciales, el alma del "maestro", que hemos encontrado en la búsqueda del pensamiento.

Existe hasta en los más mínimos detalles los aleteos de una vocación genial.

Es la tarde, la hora en que el maestro que ha realizado su tarea entra en el plano profundo de las meditaciones, en los análisis de sus inquietudes, en las afirmaciones de sus enseñanzas, en la hora en que el alma a fuerza de vivir en continuo contacto con la juventud, se siente joven...

Los alumnos se "congregan una vez más alrededor" del maestro. No se ponen "frente" a él. Despierta la palabra "congregar" el espíritu familiar de la acción educativa. Desde ese instante existe la compenetración del maestro y de la juventud. No existen diferencias. Las palabras se pronunciarán en un mismo plano de conciencia. Quizás habrá un continuo descender del alma del maestro y una continua ascensión en el alma de cada discípulo. Allí, en el justo medio, comenzará el concierto de las almas.

La escena de por sí nos conduce a pensar en la pureza de las ideas, en el marco propicio de las hondas meditaciones. La sala tiene la amplitud misma que existe en el alma del maestro, que comenzará a desplegar en forma ilimitada donde no habrá nada que desvíe la idea, ni estreche el pensamiento.

Junto al bronce se sienta el maestro. Es algo más emocionante que la escena bíblica. No existe nada material que ponga una barrera entre maestro y discípulos. Solo hay un bronce de sonoridades inmensas en el instante en que despiertan las almas juveniles.

La actitud del maestro es silenciosa. En su mano que acaricia la frente de la estatua de Ariel, está el gesto de los maestros del

ayer y de los maestros de mañana. Diríamos que es el diapason necesario en el concierto infinito de las ideas. Dispone a la juventud en torno suyo y todos quedan cerca de él. El maestro necesita sentir su presencia. No es el alma solitaria la que va a hablar. Existe una continua transmisión de valores. "Encender en esa juventud la sensibilidad para la estructura de las formas espirituales, para una comprensión amplia y profunda, para la formación de nuestras potencias educadoras por medio de los destellos luminosos de un pasado comprendido productivamente, tal es la empresa de todo educador". (Spranger, ob. cit. pág. 107).

La escena está impregnada de belleza. Casi diríamos que ya, en el mismo silencio de los primeros instantes hay una profunda enseñanza, que es allí donde comienza el proceso de humanización.

Y en medio de ese silencio surge la voz, la "firme" voz del maestro que tiene conciencia de su misión, que no sabe de titubeos porque lleva en su corazón una verdad que se propone enseñar, firme voz que no conoce la dureza de los dogmas, "voz magistral, que tenía para fijar la idea e insinuarse en las profundidades del espíritu, bien la esclarecedora penetración del rayo de luz, bien el golpe incisivo del cincel en el mármol, bien el toque impregnado del pincel en el lienzo o la onda en la arena...", voz que conoce el profundo secreto de hablar a las almas.

"Junto a la estatua que habéis visto presidir, cada tarde, nuestros coloquios de amigos, en los que he procurado despejar a la enseñanza de toda ingrata austeridad, voy a hablaros de nuevo, para que nuestra despedida sea como el sello estampado en un convenio de sentimientos y de ideas". Es el amigo el que habla, el que sabe despojarse de su austeridad de maestro pero que tiene conciencia de que es, en ese preciso instante, cuando pone a sus alumnos en su mismo plano espiritual, cuando es más maestro. Es el amigo que pide un convenio sobre las bases de la mutua comprensión. Es el maestro que ve marcharse a sus discípulos y, lleno de inquietud, quiere en un instante supremo, resumir las enseñanzas, darlas todas juntas para que, reunidas en haces apretados, despidan en el transcurso del tiempo, luces infinitas.

Los discípulos parten. No percibimos la soledad del maestro. Si bien cada uno estrecha su mano, y en grupo apretado se internan en la tarde que cae, la amplia sala la imaginamos poblada de almas, de los que fueron y de los que vendrán mañana. No existe la soledad del maestro. Rodó sabe que el alma del maestro está poblada de vivencias, de recuerdos que lo impulsan en la tarde, a la obra del siguiente día. Quizás en ese supremo esfuerzo de educar a la juventud, humanizándola, el maestro adquiere su plenitud humana.

### LA BELLEZA, EXPRESION HUMANA DE -VIDA ESPIRITUAL SUPERIOR

"Por medio del espíritu, que es lo estrictamente humano, alcanza un orden nuevo, el mundo de los valores, que sólo para él tiene sentido y significación. Sólo en el hombre y a través de él puede este orden de valores concretarse en forma sensible, en realidad empírica. Sólo a través del hombre el valor "belleza" puede concretarse en forma sensible por medio del arte, y el valor "verdad" puede realizarse". (Mantovani, Educación y plenitud humana, 2ª edic. pág. 197).

El hombre siente muy distintas preferencias por el mundo que lo rodea. Esto expresa su propia cualidad humana. El griego, el romano, el hombre del Renacimiento, el caballero feudal, el sacerdote, el filósofo, realizan una continua selección de valores poniéndoles un sello personal.

El hombre vive en un mundo poblado de bienes, razonando y meditando acerca de la utilidad de los mismos. Después de apreciarlos, de juzgar íntimamente sus cualidades, los admite o los rechaza, en una palabra: los valora. Lleva en sí mismo una tabla de valores que sufre a través de su vida una continua transformación. Sólo el arte llega a expresarse y la belleza a comprenderse, cuando la tabla de valores humanos demuestra una vida espiritual superior.

La filosofía de los valores ocupa un lugar de preferencia en nuestro siglo obteniendo una influencia fundamental en el campo educativo. La formación espiritual de la juventud y el desarrollo de la "personalidad", exige una tabla de valores determinados que el educador debe saber desarrollar. "El don que define al educador consiste en la aptitud para captar y experimentar la significación educativa del bien cultural y para acomodar esa significación a la tarea docente en modo tal que se la apropie el desarrollo del educando". (Saúl Taborda, Existencialismo y objetividad. Anales de E. I. P., 1944, pág. 196).

Nos muestra "Ariel" una tabla de valores perfectamente determinada, que perdurará en el tiempo por su misma cualidad de valores intemporales, unidos a su concepción de lo humano. Esa tabla de valores que existe latente en Rodó es transmitida por Próspero, despertando valoraciones en el alma de los jóvenes discípulos que lo escuchan, que nacen de la naturaleza íntima de su vida espiritual.

Pero es necesario comprender que "no todo valor tiene valor formativo". "La exigencia de la selección de elementos presidida por un criterio rigurosamente educativo, que rige en lo que respecta a los productos de las ciencias teóricas, rige también en lo que respecta a todos los productos del mundo espiritual". (Saúl Taborda, ob. cit. pág. 196).

Rodó selecciona los valores de acuerdo con su criterio de educador, poniendo "lo bello" y "lo bueno" como valores necesarios, imprescindibles en el desarrollo de la "personalidad", como palancas vitales en el proceso de humanización.

"Aunque el amor y la admiración de la belleza no respondiese a una noble espontaneidad del ser racional y no tuvieran suficiente valor para ser cultivados por sí mismos, sería un motivo superior de moralidad el que autorizaría a proponer la cultura de los sentimientos estéticos, como un alto interés de todos". (Ariel, ob. cit. pág. 46).

La juventud en "Ariel" se encuentra frente a un mundo de valores, en el mismo instante en que va a pasar "como el obrero en marcha a los talleres que le esperan, bajo el pórtico del nuevo siglo, valores que trascienden en el tiempo, que van más allá de la vida del hombre y que Rodó los insinúa en el alma juvenil adoptando la posición del maestro que no viene a enseñar dogmas sino a despertar las inquietudes que convertidas en realidades forman tabla de valores humanos.

"...no nos será lícito, a lo menos, soñar con la aparición de generaciones humanas que devuelvan a la vida un sentido ideal, un grande entusiasmo; en las que sea un poder el sentimiento; en las que una vigorosa resurrección de las energías de la voluntad, ahuyente, con heroico clamor, del fondo de las almas, todas las cobardías morales que se nutren en los pechos de la decepción y de la duda?" (Ariel, ob. citada, pág. 30).

Hay entre la moral y la belleza infinitos puntos de contacto, y cuando Próspero imprime a las enseñanzas un fuerte contenido moral surge ante nosotros la emoción estética. "Nunca criatura humana se adherirá de más segura manera al cumplimiento del deber que cuando, además de sentirlo como una imposición lo siente estéticamente como una armonía". (Ariel, ob. cit. pág. 47).

"La enseñanza que se proponga fijar en los espíritus la idea del deber, como la de la más seria realidad, debe tender a hacerla concebir al mismo tiempo como la más alta poesía". (Ariel, ob. cit. pág. 47).

El pensamiento de Rodó es claro y terminante. "Yo creo indudable que el que ha aprendido a distinguir lo delicado de lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de lo bueno". (Ariel, ob. cit. pág. 48).

La belleza es una emoción superior. La vida entera debe cooperar en su desarrollo armonioso, e impedir su desaparición, para que el hombre adquiera el carácter de ser plenario. Y allí es donde está el peligro. "De todos los elementos superiores de la existencia racional, es el sentimiento de lo bello, la visión clara de la hermosura de las cosas, que más fácilmente marchita la aridez de la vida limitada a la invariable descripción del círculo vulgar, convirtiéndose en el atributo de una minoría dentro de la sociedad humana, como el depósito de un precioso abandono". (Ariel, ob. cit. pág. 45).

Es sentimiento de nuestra época el creer que las cosas puramente emocionales carecen de valor y de importancia para los que han orientado su espíritu en las investigaciones científicas. Rodó, consciente de esa dispersión de valores advierte a la juventud: "Yo os ruego que os defendáis, en la milicia de la vida, contra la mutilación de vuestro espíritu por la tiranía de un objetivo único e interesado. No entreguéis nunca a la utilidad de la pasión, sino una parte de vosotros. Aun dentro de la esclavitud material, hay la posibilidad de salvar la libertad interior: la de la razón y la del sentimiento. No tratéis, pues, de justificar, por la absorción del trabajo o el combate la esclavitud de vuestro espíritu." (Ariel, ob. cit. págs. 39-49).

"Cuando cierto y falsísimo y vulgarizado concepto de la educación, que la imagina subordinada exclusivamente al fin utilitario, se empeña en mutilar, por medio de ese utilitarismo y de una especialización prematura, la integridad natural de los espíritus, y anhela prescribir de la enseñanza todo elemento desinteresado e ideal, no repara suficientemente en el peligro de preparar para el porvenir espíritus estrechos, que, incapaces de considerar más que el único aspecto de la realidad con que estén inmediatamente en contacto, vivirán separados por helados desiertos de los espíritus que, dentro de la misma sociedad, se hayan adherido a otras manifestaciones de vida". (Ariel, ob. cit. pág. 35).

La tabla de valores que corresponde al hombre plenario no debe descuidar ninguna aptitud humana y menos aún lo que corresponde a las emociones superiores que son para Rodó, la expresión estética de lo humano.

"En el alma que haya sido objeto de una estimulación armónica y perfecta, la gracia íntima y la delicadeza del sentimiento de lo bello serán una misma cosa con la fuerza y rectitud de la razón". (Ariel, ob. cit. pág. 52).

La belleza es dentro de la moderna aceptación de la palabra, un valor. Es imposible considerarlo aislado porque hablar de la pureza del contenido del valor es entrar en planos absolutamente metafísicos. Por eso Rodó exige "la estimulación armónica y perfecta" de todo

contenido espiritual, como forma básica del sentimiento estético. George Santayana afirma casi simultáneamente con la aparición de "Ariel" que todos los valores son estéticos en algún sentido y que todas las funciones humanas pueden contribuir al sentido de la belleza.

Dice Próspero: "En el alma del redentor, del misionero, del filántropo debe exigirse también **entendimiento de hermosura**, hay necesidad que colaboren ciertos elementos del genio del artista. Es inmensa la parte que corresponde al don de descubrir y revelar la íntima belleza de las ideas, en la eficacia de las grandes revoluciones morales." (Ariel, ob. cit. pág. 49).

No se trata de hablar de belleza en el terreno puro de la abstracción sino de encontrarla como instrumento en la acción del hombre en la vida.

"Aprender a ver en la naturaleza y atesorar en las artes las formas típicas de las cosas; estudiar y reconocer sus variaciones; instalar a la imaginación en el mundo, de suerte que pueda ver la belleza por doquiera y encontrar un estímulo para la creación artística tal es la nota de la contemplación —nos dice Santayana—. El progreso se encuentra por la senda de la discriminación y de la precisión, no en la emoción y ensueño desprovisto de forma" (El sentido de la belleza, 1896. Pub. en "Enciclopedia de Educación" junio 1945).

"Ariel" nos dice: "Las ideas adquieren alas potentes y veloces, no en el helado seno de la abstracción, sino en el luminoso y cálido ambiente de la forma". (Ob. cit. pág. 54).

Hay algo que sustenta la concepción de la belleza y es la propia naturaleza humana en su continuo trascender del mundo de la forma al mundo de los valores.

"Próspero" está frente a la juventud que lo escucha. No quiere entregarle moldes rígidos de una concepción personal, acerca de lo que es belleza. No da definiciones, sólo permite asegurarles la eterna vinculación entre lo "bello" y lo "bueno". "A medida que la humanidad avanza, se concebirá más claramente la ley moral como una estética de la conducta. Se huirá del mal y del error como de una disonancia; se buscará lo bueno como el placer de una armonía" (Ariel, ob. cit. pág. 48).

Rodó demuestra un profundo conocimiento de la posición espiritual de la juventud frente a la cultura del presente siglo a la manera de Spranger: "...esta cultura es para aquel que en ella acaba de nacer algo así como una forma petrificada. Casi no llega a presentir que ella misma surgió de una vida ondulante y anímica, y cuando hoy desemboca de nuevo en el alma parece extraña, fría, sin relación al valor ansiado". "...el fenómeno característico del movimiento ju-

venil actual consiste en **no querer entrar** en ese mecanismo. Y a este no querer sirve de base un no poder, un no estar hecho para tales cosas. Ciertamente sería fatal pensar que la tarea de educación consiste en educar dentro de una cultura ya hecha de antemano. Equivaldría cortar a la cultura misma las alas que la remontan a lo alto. Mas un estado dado de humanidad no puede ser mejorado sino por aquellos que lo conocen y que lo comprenden." (Spranger. La ciencia del espíritu y la escuela. 1ª edic. pág. 64, 1942).

Rodó comprende que por naturaleza, la juventud es hermética con respecto a la cultura que a ella se le antoja "petrificada", pero sabe la intensidad de la vida emocional del adolescente. Por eso trata de incorporarlo al mundo de valores —primer paso para la comprensión de la cultura— por medio de la emoción estética, que es en ese instante la expresión de lo espiritual que anima su yo.

#### IV

### LA DEMOCRACIA: EXPRESION HUMANA DE CONVIVENCIA SOCIAL

"Existe la noción de que la democracia es la forma natural de la sociedad humana. Muy al contrario. La democracia es una conquista, una realización vasta y compleja en la esfera de las realizaciones humanas y los valores sociales". (Pub. Anales de I. P., Año 1942. N° 2, 3, 4. Pág. 349. La educación de los hombres libres; Lectura para Maestros. Washington, 1941).

"La democracia pone en alto la individualidad y la diversidad humana y procura suministrar facilidades que les permitan a aquellos el máximo desarrollo". (Lester Dix. La democracia y la vida escolar. Anales, 1942; pág. 247).

"En la idea política y moral más importante de nuestro tiempo —la democracia— existe un ingrediente estético considerable" (G. Santayana. El sentido de la belleza. Enciclopedia de Educación. Junio 1945; pág. 157).

El nuevo concepto del hombre ha generado una nueva concepción acerca de la vida social que está de acuerdo con el concepto de hombre plenario, existencial, de las corrientes filosóficas del siglo XX: la democracia.

A lo largo de la historia las direcciones individualistas y sociales determinaron valorizaciones distintas de la sociedad humana, en cuanto al papel que desempeñaba el hombre en el progreso de la misma, cada época se ha caracterizado por una particular manera de encarar la organización política, las costumbres, las ciencias, el arte, que no son otra cosa que la manifestación concreta del sentir humano.

De todas las llamadas ciencias del espíritu, la parte correspondiente a la Historia y a la Filosofía fue especulada por quienes, con verdadera intuición intentaron analizar el papel del hombre en cada núcleo social. Hoy dentro de la palabra cultura, tomamos una totalidad, que es mucho más compleja a medida que se ahonda su significado. El análisis de una época no se hace en la fragmentación de las manifestaciones humanas sino en toda su plenitud interviniendo en su estudio fuerzas espirituales y naturales.

El perfil natural del hombre ha permanecido invariable pero su perfil espiritual ha tenido profundas oscilaciones dentro del panorama social.

Distintas valoraciones del hombre se han producido: "El griego fue siempre hombre histórico. Su vida se cumplía y su individualidad se realizaba dentro de la comunidad" (La educación y los tres problemas. Mantovani, ob. cit. pág. 70). Y el Renacimiento dio el paso a la consideración del hombre "autónomo", concepto que perdura hasta fines del siglo XIX afirmado por los principios de la Revolución Francesa, que dentro de su concepción individualista lo aisló de su realidad eminentemente social.

La ciencia dio al hombre confianza de sus propios valores individuales y lo impulsó al mejoramiento de los núcleos sociales mediante el esfuerzo de su razón. Esto fue el tránsito de "lo individual" a lo que hoy podríamos llamar "lo democrático".

La democracia es hoy algo más complejo que una manifestación de gobierno de los núcleos humanos, es algo más que una manera particular de encarar el problema económico, es algo más que una manera especial de vivir. Sus valores, al ser expresiones colectivas del sentir humano, son altamente funcionales.

El hombre ha demostrado sus propios valores humanos al crear el nuevo concepto "democrático" y le ha dado sus propias cualidades. Si el hombre encierra en sí un proceso continuo de humanización, la democracia está sujeta a su continuo transformarse en el tiempo.

El día que la democracia adoptara formas rígidas, aún en el plano de la perfectibilidad dejaría de ser lo que es. Solamente podemos hablar de democracia en formación, ya que es la expresión de un proceso que sigue paso a paso la moderna concepción antropológica.

Podríamos decir que así como el hombre es parte vital del proceso de "humanización", la democracia es la expresión humana de convivencia social.

En la última conflagración mundial John L. Childs, catedrático de Filosofía de la Educación de la Universidad de Columbia, (N. Y. EE. UU.) afirmaba: Los sucesos contemporáneos revelan con claridad meridiana que la democracia como forma de vida no sobrevivirá a menos que los que en ella creemos, estemos dispuestos a prestarle el apoyo inteligente y dedicarle la sincera devoción que necesita para prosperar". (Anales de I. P. Dic. 1942, pág. 236).

Todas estas inquietudes que pertenecen de hecho a nuestra mitad del siglo y se proyectan en el futuro, las encontramos planeadas en "Ariel".

El estudio de la democracia en el continuo trascender se encara en "Ariel" —con esa particularidad de educador que tiene Rodó— examinando las críticas efectuadas a través de la historia, para que los discípulos descubran los verdaderos y perdurables valores.

Por eso encontramos la opinión de Renán: "...sobre la democracia pesa la acusación de guiar a la humanidad, mediocrizándola, a un Sacro Imperio del utilitarismo". (Ariel, ob. cit. pág. 57) y la opinión de Bourget que "...se inclina a creer que el triunfo universal de las instituciones democráticas hará perder a la civilización en profundidad lo que la hace ganar en extensión. Ve su forzoso término en el imperio de un individualismo mediocre" (Ariel, ob. cit. pág. 59).

Rodó les llama a estos, juicios severos y admite en términos generales que la democracia que no enaltece al espíritu conduce a la mediocridad. "Abandonada a sí misma —sin la constante rectificación de una activa autoridad moral que la depure y encauce sus tendencias en el sentido de la dignificación de la vida— la democracia extinguirá gradualmente toda idea de superioridad..." (Ariel, ob. cit. pág. 59). Este concepto de depuración de valores se identifica con el concepto modernísimo que ve en la democracia un continuo trascender.

Continuamente leemos que "la esencia de la democracia está en el reconocimiento de lo singular de la individualidad, de las diferentes idiosincrasias y de los distintos valores individuales, así como en la afirmación de tales diferencias en el sostenimiento de una vida social integrada".

"Próspero" con la voz "firme" del maestro que viene a despertar valores sin temor a la Duda, dice a sus discípulos "Lo afirmativo de la democracia y su gloria consistirán en suscitar, por eficaces estímulos, en su seno, la revelación y el dominio de las verdaderas superioridades humanas." (Ariel, ob. cit. pág. 60).

Uno de los mayores adversarios de la democracia es la ignorancia. Siendo "lo democrático" el resultado de una elevación de los poderes individuales al núcleo social, siendo el resultado de una concepción superior humana que admite la posibilidad de una forma de vida ideal, expresión conjunta de las potencias espirituales del hombre, la ignorancia de las masas populares es un lastre que le quita sus posibilidades de triunfo.

Otro factor es importantísimo. Las sociedades que cambian por la mayor afluencia humana proveniente de distintos "círculos" de cultura corren el peligro de ver transformado su concepto de democracia, por no poder descubrir a tiempo la esencia de la misma. Lo que favoreció en Grecia la expresión del ideal democrático, fue la homogeneidad de los elementos humanos en cuanto a su origen nacional. Encerrada en su "polis" no admitiendo en su cultura la intervención de elementos humanos extraños al griego, pudo ir perfeccionando el sentido propio de democracia fundando su principio en la participación imprescindible del ciudadano en el "hacer" y en el "pensar".

Rodó descubre el peligro de las sociedades cosmopolitas en un perfecto análisis que sobrepasa a nuestra misma época "preparando el advenimiento de un nuevo tipo humano", que hallará su máxima expresión en la vida social. "Con relación a las condiciones de la vida de América, adquiere esta necesidad de precisar el verdadero concepto de nuestro régimen social, un doble imperio. El presuroso crecimiento de nuestras democracias por la incesante agregación de una enorme multitud cosmopolita; por la influencia inmigratoria, que se incorpora a un núcleo aun débil para verificar un activo trabajo de asimilación y encauzar el torrente humano con los medios que ofrecen la solidez secular de la estructura social, de orden político seguro y los elementos de una cultura que haya arraigado íntimamente, —nos expone en el porvenir a los peligros de la degeneración democrática, que ahoga bajo la fuerza ciega del núcleo toda noción de calidad; que desvanece en la conciencia de las sociedades todo justo sentimiento de orden; y que, librada su ordenación jerárquica a la torpeza del acaso, conduce forzosamente a hacer triunfar las más injustificadas e innobles de las supremacías" (Ariel, ob. cit. pág. 61).

La democracia es la creación humana de un determinado grupo de hombres que elevándose del mundo de la materia, separándose de la "arcilla" demostraron la potencia de los valores espirituales en la concepción estética y moral del mundo social, creando un régimen de vida superior a las fuerzas instintivas de la animalidad.

La expresión humana de convivencia social determinó como principio básico, la universalidad del concepto de "lo democrático" para todo orden de vida y para todo plano de intereses. Podríamos afirmar sin ningún recelo que solo el hombre, por su cualidad de tal,

puede concebirlo y ponerlo en práctica. Sólo el ser humano que ha dejado de ser "hombre niebla" para aspirar a la luz puede hacer uso consciente de los poderes que le confiere su armónica vida social.

La "...incesante agregación de una enorme multitud cosmopolita" hace difícil la educación humana del hombre partiendo de su esencia misma, ya que factores extraños a la vida nacional pueden perturbar el desarrollo normal del concepto y ese peligro se acrecienta cuando tras esa multitud vienen ideas que tienden a empañar los valores espirituales, satisfaciendo plenamente a los hombres en el plano único y moral de las realizaciones materiales.

Dice "Próspero": "A la concepción de vida racional que se funda en el libre y armonioso desenvolvimiento de nuestra naturaleza... se opone la concepción **utilitaria**, por la cual nuestra actividad, toda entera, se orienta en relación a la inmediata finalidad del interés." (Ariel, ob. cit. pág. 56).

Entonces sí que en las sociedades sudamericanas podríamos decir, con justeza, que es interminable la lucha entre Ariel y Calibán. Lo peor que le puede suceder a los nuevos núcleos latino-americanos, es que no logren desprenderse de Calibán que llega a cada instante al suelo de América, representado por todas las ideas que materializan al hombre buscando en forma exclusiva su bienestar material, que desgraciadamente está de acuerdo con la naturaleza primigenia del hombre, radicando en ello el mayor peligro.

Toda idea que en forma predominante busque satisfacer los placeres materiales, es de hecho, enemiga en cruenta lucha del concepto de "lo democrático", porque es su antítesis.

Los perfiles espirituales de América no son lo suficientemente firmes "para verificar un activo trabajo de asimilación y encauzar al torrente humano con los medios que ofrece la solidez secular de la estructura política, de orden político seguro y los elementos de una cultura que haya arraigado íntimamente".

"Próspero" busca formar en la conciencia de la juventud que escucha el convencimiento de determinar, sobre bases sólidas, el sentido espiritual de nuestra cultura en las raíces hundidas en el pasado, que son a su vez el punto de arranque de nuestro concepto democrático. Nuestra concepción espiritual de vida social debe dominar frente a las ideas que vienen tras la marea humana que llega a las playas de América a agregarse a nuestros núcleos sociales. No se trata de llegar al egoísmo nacionalista. La democracia necesita nuevas ideas para nutrirse, para la continua afirmación o rechazo de valores que darán contorno a su "personalidad" a semejanza de la formación integral humana. Lo importante es que así como el hombre debe ser celoso guardián de su "reino interior" a la manera del "rey patriar-

cal, en el Oriente indeterminado e ingenuo", América sepa abrir sus fronteras "con saludable liberalidad, como la casa del monarca confiado, a todas las corrientes del mundo" pero que también "perdure en ella", la celda escondida y misteriosa que desconozca los huéspedes profanos y que a nadie más que a la razón serena pertenezca". (Ariel, ob. cit. pág. 43).

La esencia de la cultura americana no debe ser profanada!

El ciudadano de la América latina debe ser consciente de su actuación social, debe entender los propósitos por los cuales está dispuesto a luchar. El hombre debe adquirir el conocimiento de que su propia fe democrática está dentro de sí como parte inmanente de su condición humana.

"La multitud, la masa anónima no es nada por sí misma. La multitud será un instrumento de barbarie o civilización según carezca o no de una alta dirección moral". (Ariel, ob. cit. pág. 62).

"La civilización de un pueblo adquiere su carácter, no de las manifestaciones de su prosperidad o de su grandeza material, sino de las superiores maneras de pensar y de sentir que dentro de ellas son posibles". (Ariel, ob. cit. pág. 62).

"Próspero" admite la más absoluta de todas las premisas que tiene el carácter de visión profética: "...Y sin embargo el espíritu de la democracia, es esencialmente, para nuestra civilización, un principio de vida contra el cual sería inútil rebelarse".

"Los descontentos surgidos por las imperfecciones de su forma histórica actual, han llevado a menudo a la injusticia con lo que aquel régimen tiene de definitivo y fecundo". (Ariel, ob. cit. pág. 68).

Rodó tiene fe en la democracia, en sus valores existenciales y plenarios, en su perfectibilidad a través del tiempo porque tiene fe en los valores humanos que la sustentan.

"Desconocer la obra de la democracia, en lo esencial, por que aun no terminada, no ha llegado a conciliar definitivamente su empresa de igualdad con una fuerte garantía de selección, equivale a desconocer la obra, paralela y concorde, de la ciencia, porque interpretada con el criterio de una escuela ha podido dañar alguna vez el espíritu de la religiosidad o el espíritu de la poesía".

"La democracia y la ciencia son, en efecto, los dos insustituibles soportes sobre los que nuestra civilización descansa; o expresándolos con una frase de Bourget, las "dos obreras de nuestros destinos futuros." "EN ELLAS SOMOS, VIVIMOS, NOS MOVEMOS" (Ariel, ob. cit. pág. 69).

Estas ideas se proyectan en el tiempo...

"La democracia requiere la misma amplitud de espíritu por lo que respecta a los valores e intereses que los que necesita la ciencia en relación con la evidencia. El espíritu de la ciencia es, en este sentido, el mismo espíritu de la democracia", nos va a decir cerca de la mitad de nuestro siglo B. H. Bode (Teorías educativas modernas, U.T.E. H.A. Editorial México).

Los pensamientos contenidos en "Ariel" revelan a cada paso el sentido humanístico de la democracia donde se concilian los principios individualistas con la concepción del idealismo neo-kantiano expresado por Natorp, en su Pedagogía Social: "El hombre, por lo que respecta a todo lo que hace de él un hombre, no se presenta al principio como individuo particular para entrar después con otros en una comunidad, sino que, sin esta comunidad, no es de ninguna manera hombre".

La estructura de la democracia exige un ordenamiento de valores que sólo puede plantearse en el terreno de la educación popular. "Es en la escuela por cuyas manos procuramos que pase la dura arcilla de las muchedumbres, donde está la primera y la más generosa manifestación de la equidad social, que consagra para todos la accesibilidad del saber y los medios más eficaces de la superioridad. Ella debe complementar tan noble cometido haciendo objeto de una educación preferente y cuidadosa el sentido del orden, la idea, la voluntad de la justicia, el sentimiento de las legítimas autoridades morales". (Pág. 69, Ariel, ob. cit.).

La fe en la educación demostrada por Rodó, perdura en el caos revolucionario de ideas en el instante en que vivimos. La educación de las masas es el elemento vital en las transformaciones sociales y ha demostrado una particular importancia cuando una educación política y social determinada marca moldes al alma juvenil. Por eso considera "Próspero" que el problema constitutivo de la democracia, el descubrimiento de su esencia y su identificación con los valores superiores del alma humana, debe ser examinado a fondo por la juventud que le escucha.

Pero no se trata de adoctrinar, fijar moldes rígidos que ahoguen la Idea. Adoctrinar es algo peligroso desde el punto de vista de los elevados ideales educativos. Se trata de formular planteamientos que despertarán inquietudes, para poder lograr darle el concepto de democracia, cierto grado de flexibilidad, que constituye parte de su esencia humana y destacar su capacidad para el cambio.

Distintos elementos contribuyeron a la formación del concepto de "lo democrático": "...la posesión, la elocuencia, las gracias del espíritu, los fulgores de la imaginación, la profundidad del pensamiento, todos esos dones del alma, repartidos por el cielo del acaso", fueron

construyendo "la democracia y la sirvieron, aun cuando se encontraron de parte de sus adversarios, porque convergieron todos a poner de relieve lo natural, la no heredada grandeza, de que nuestro espíritu es capaz." (Ariel, ob. cit. pág. 71).

El problema de la educación forma parte del problema del Estado. No es algo ajeno al desarrollo político. No hay nada dentro de la vida social que pueda desintegrarse sin hacer daño a la totalidad. La vida social democrática tiende a la perfecta armonía de lo heterogéneo.

"El deber del Estado consiste en colocar a todos los miembros de la sociedad en indistintas condiciones de tender a su perfeccionamiento. El deber del Estado consiste en predisponer los medios propios para provocar, uniformemente, la revelación de las superioridades humanas, donde quieran que existan. De tal manera más allá de esta igualdad inicial, toda desigualdad estará justificada, porque será la sanción de las misteriosas selecciones de la Naturaleza o del esfuerzo meritorio de la voluntad" (Ariel, ob. cit. pág. 70).

En estas ideas de Rodó está el germen de la preparación vocacional estudiada tan profundamente por Estable en Psicología de las vocaciones y por Mira y López en Ser y Quehacer (orientación profesional).

Las superioridades que surjan en las democracias serán colaboradoras del régimen social que quedan con su sola presencia como testigos de su cualidad humana. "El carácter odioso de las aristocracias tradicionales se originaba de que ellas eran injustas, por su fundamento y opresoras, por cuanto su autoridad era una imposición. Hoy sabemos que no existe otro límite legítimo para la igualdad humana que el que consiste en el dominio de la inteligencia y de la virtud, consentido por la libertad de todos..." "Por otra parte, nuestra concepción cristiana de la vida nos enseña que las superioridades morales, que son un motivo de derechos, son principalmente un motivo de deberes y que todo espíritu superior se debe a los demás en igual proporción que les excede en capacidad de realizar el bien" (Ariel, ob. cit. pág. 72).

El concepto democrático va, para Rodó, mucho más allá que una cuestión de gobierno. Pasa a ser en su aspecto humano un problema eminentemente moral y estético. Por eso intervienen en su justa apreciación de las diferencias individuales la mágica armonía de los deberes y de los derechos.

El problema de humanizar lo social, latente en "Ariel" vive con todas sus luces en nuestra mitad de siglo. Las dificultades intuídas por Rodó no han podido ser salvadas. En su libro "Teorías educativas Modernas" Boyde H. Bodhe nos habla del momento caótico

presente debido a la incapacidad que ha tenido la educación para cumplir su función humanizadora, y desempeñar su verdadero papel en la perfección de la democracia. "La democracia puede definirse como una organización social que aspira a promover la cooperación entre los miembros y con otros grupos, sobre la base de un reconocimiento mutuo de intereses. Este "reconocimiento mutuo de intereses" señala el hecho de que la democracia significa UNA HUMANIZACIÓN PROGRESIVA DEL ORDEN SOCIAL. La democracia no es una cosa acabada, sino un proceso en continua readaptación en el sentido de un reconocimiento mutuo de intereses cada vez más amplio. La sociedad, tal como existe ahora en cualquier parte, tiende a regenerar en grupos y camarillas. Tenemos empresarios y sindicatos; manufactureros y colonos; productores de carbón, productores de madera de construcción y productores de lana; tenemos divisiones basadas en los credos religiosos, en las filiaciones políticas, en las profesiones y ocupaciones, en diversidad infinita.

Como un resultado de esto, la vida se está convirtiendo en una batahola de intereses en pugna. Los manufactureros quieren buenos sueldos y todo el mundo necesita que baje el alto costo de la vida. Es demasiado fácil para una persona apreciar el punto de vista y los argumentos del grupo a que pertenece. Pero si no ha sido educado para ver lo que ocurre fuera de su propio terreno, la educación que haya recibido no lo capacitará para resolver ese conflicto de intereses. EL PROBLEMA DE HUMANIZAR EL ORDEN SOCIAL, ESTA LIGADO, A LA HUMANIZACIÓN DEL PLAN DE ESTUDIOS". (Ed. U.P.E.H.A. México).

La voz de "Próspero" atraviesa medio siglo. La palabra tiene "la persistente vibración en que se prolonga el lamento del cristal herido". "...Y se prolonga en los espacios infinitos... ASPIRAD, pues, DESARROLLAR EN LO POSIBLE, NO UN SOLO ASPECTO, SINO LA PLENITUD DE VUESTRO SER. No os encojáis de hombros delante de ninguna noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana, a pretexto de que vuestra organización individual os liga con preferencia a manifestaciones diferentes..."

El día en que anide en el corazón de la juventud el ansia profunda de perfeccionamiento, se intensificará la vida social y entonces la democracia será expresión de sentimientos humanos y tomará todos los órdenes de la vida y el hombre se sentirá plenamente feliz al tener conciencia de que en su más íntima esencia está el éxito de su comunidad social.

## LA LIBERTAD. ESENCIA DEL HOMBRE AMERICANO

"Estamos, sin duda, en el comienzo de una América, que quiere sentir su destino a través de una cultura propia, cuyos bienes sean determinados por valores genuinos. Por eso el deber actual es alentar el movimiento de adentro hacia afuera, en la evolución de los pueblos como en la formación de los individuos. Con este sentido se encontrará el camino para el trabajo de la verdadera cultura y educación. No puede ser otro que partir de la vida histórica y del ser originario para remontarse al destino colectivo o individual presentidos. Desde afuera solo pueden llegarnos los medios, pero no los fines constitutivos esenciales del hombre para América". (Mantovani, *La Educación y sus tres problemas*, ob. cit. pág. 117).

Próspero habla a los jóvenes discípulos. Su principal objetivo lo demuestra a cada instante. Interpretando vivamente el sentido de la democracia busca desarrollar las conciencias para que el joven colocado frente a la vida sepa apreciar valores por sí mismo. Los núcleos sociales que alcanzan ya su complejidad al comenzar el siglo, deben ser educados y la supervivencia de los mismos va a depender de los contenidos morales de las enseñanzas. El principio de lealtad es quizás el que moralmente mueve a las sociedades que buscan que los valores de la democracia se afirmen día a día. Rodó descubre este principio moral y, analizando las raíces mismas de la América Latina, busca formar en la juventud que lo escucha el concepto de lealtad a principios incommovibles que están en las raíces mismas de la cultura americana. El problema básico que se le presenta es la dificultad de lograr transmitir lealtades de la vieja a la nueva generación. Las lealtades nacen en el alma de los hombres. El pretender imponerlas es admitir la negación de los valores humanos.

Es muy común que oigamos decir: "El hombre que no tiene conocimiento de su fe no es libre", pero es muy difícil despertar desde "afuera" esa fe. Solamente cuando se logre hacer entender los propósitos por los cuales tiene que luchar, la conciencia del hombre busca libremente su trayectoria.

Por eso la lealtad del hombre libre debe descansar sobre fundamentos racionales. La visión del "hombre" que surge inevitablemente de las palabras de Próspero no es suficiente, para los jóvenes que escuchan. Ha dicho Spranger con profundo acierto que la juventud

que entra a la vida ve a la cultura de su época como formas petrificadas que es necesario cambiar. No existe de parte de la juventud la comprensión del escenario histórico donde va a actuar.

Por eso Rodó, como maestro, se agiganta. No basta la visión del hombre en sus cualidades espirituales básicas. Hay que ir al ejemplo concreto. Se hace necesario que el joven analice por sus propios medios las realidades en que vive y empujarlo hacia un libre examen, que tendrá proyecciones infinitas.

Y surge así el análisis del hombre americano.

Es el hombre que tiene contornos reales. La juventud lo conoce objetivamente y allí está el peligro de construir un ideal sobre realidades falsas. Allí está el peligro de que surja "una América deslaminada por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte". Pero la razón y el sentimiento, los elementos humanos que dan al hombre su cualidad intrínseca, actuarán con energía en el establecimiento de las escalas de valores que deben regir para el Hombre hispano americano.

Durante mucho tiempo hemos oído decir, en la superficialidad de la crítica, que "Ariel" surge en la América Latina defendiendo ideales frente a la "democracia formidable y fecunda, que, allá, en el Norte, ostenta las manifestaciones de su superioridad...". Y hasta en determinados círculos se ha llegado a mirar la obra con cierta hostilidad por ser, en apariencia, contraria al espíritu de "buena vecindad" surgido en la última conflagración mundial.

Para ver en la actitud del Maestro nada más que el relato de situaciones históricas es contemplar una obra sin vida, solo aceptable para los que, como él, vivieron en el comienzo del siglo. Pero la posición de América Latina no es solamente frente a lo que, ocasionalmente, pudo haber sido Estados Unidos. Es una posición más viril frente a cualquier país que, ajeno a sus intereses, a su ascender histórico, viniera a desviar el curso determinado por su íntima esencia.

"Comprendo bien que se aspire a rectificar, por la educación perseverante aquellos trazos del carácter de una sociedad humana que necesiten concordar con nuevas exigencias de la civilización y nuevas oportunidades de la vida, equilibrando así, por medio de una influencia innovadora, la fuerza de la herencia y la costumbre. Pero no veo la gloria de desnaturalizar el carácter de los pueblos—su genio personal—para imponerles la identificación con un modelo extraño al que ellos sacrifican la originalidad irremplazable de su espíritu; ni en la creencia ingenua de que eso pueda obtenerse alguna vez por procedimientos artificiales e improvisados de imitación. Este irreflexivo traslado de lo que es natural y espontáneo de una sociedad al seno de

otra, donde no tenga raíces ni en la naturaleza ni en la historia equivalía para Michelet a la tentativa de incorporar, por simple agregación una cosa muerta a un organismo vivo". (Ariel, ob. cit. pág. 78).

Estas palabras tienen en la historia de los pueblos un valor eterno sobrepasando los límites del tiempo. En estos momentos en que vivimos, cuando ideologías extrañas han llegado al suelo de América, ideologías que vienen de otros continentes e intentan establecerse en el nuestro, aprovechando la tradicional hospitalidad del Nuevo Mundo, las palabras de "Próspero" adquieren inmortales sonoridades en los ámbitos americanos. Ya no se trata de la situación histórico-material de los Estados Unidos del 1900. Es el planteamiento de la defensa de la "personalidad" de los pueblos. ¿Acaso los Estados Unidos de 1950, frente a la intervención de políticas extrañas a su vida institucional, no han levantado la bandera de combate encarnada en "Ariel", en la defensa de sus propios valores, resultado directo de íntimos procesos históricos?

"Suele, en los tratados de ética comentarse un precepto moral de Cicerón según el cual forma parte de los deberes humanos el que cada uno de nosotros cuide y mantenga celosamente la originalidad de su carácter personal, lo que haya en él que lo diferencie y determine, respetando, en todo cuanto no sea inadecuado para el bien, el impulso primario de la Naturaleza que han fundado en la varia distribución de sus dones el orden y el concierto del mundo. Y aun me parecería mayor el imperio del precepto si sólo aplicase, colectivamente, al carácter de las sociedades humanas".

La esencia del hombre americano está en su latinidad. "Falta tal vez, en nuestro carácter colectivo, el contorno seguro de la "personalidad". Pero en ausencia de esa índole perfectamente diferenciada y autónoma, tenemos —los americanos— una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en el futuro. El cosmopolitismo, que hemos de acatar como una irresistible necesidad de nuestra formación, no excluye, ni ese sentimiento de fidelidad a lo pasado, ni la fuerza directriz y plasmante con que debe el genio de la raza imponerse en la refundición de los elementos que constituirán el americano definitivo del futuro". (Ariel, ob. cit. pág. 79).

Cada una de las naciones desempeña un papel determinado en el concierto del mundo. El concepto democrático que permite el desenvolvimiento libre de las personalidades sobre el respeto máximo hacia los demás se traslada en el pensamiento de Rodó, a los distintos pueblos que actúan en el mundo. Admitir las diferencias particulares como algo real no significa negar la colaboración de todos en el perfeccionamiento de lo humano. "América necesita mantener en el presente

la dualidad original de su constitución, que convierte en realidad de su historia el mito clásico de las dos águilas soltadas simultáneamente de uno y de otro polo del mundo, para que llegasen a un tiempo al límite de sus dominios. Esa diferencia genial y emuladora no excluye, sino que tolera y aun favorece en muchísimos aspectos, la concordia de la solidaridad. Y si una concordia superior pudiera vislumbrarse desde nuestros días, como la fórmula de un porvenir lejano, ella no sería debida a la imitación unilateral —que diría Tarde— de una raza por otra, sino la reciprocidad de sus influencias y al atinado concierto de los atributos en que se funda la gloria de dos". (Ariel, ob. cit. pág. 79).

Esta es la parte vital de "Ariel". Los aplausos y las críticas profundas que formule a los Estados Unidos, no es más que el ejemplo necesario que debe poner delante de la juventud, para que analizando por sus propias fuerzas, cree en ella la lealtad inconfundible a los principios de latinidad, que en el mundo de los valores es la expresión de la "parte noble y alada" del espíritu.

No hay duda que el análisis que hace Rodó de la vida de la gran nación del norte, demuestra ser el resultado de profundas meditaciones que excluyen la posibilidad de ciegos apasionamientos que oscurecerían en ese instante en que habla a la juventud, su alta misión de maestro, sintetizada en aquellas palabras suyas, de valores perennes: "Pienso que hablar a la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualquiera que sean, es un género de oratoria sagrada..."

Por momentos la palabra de "Próspero" toma el calor de la pasión pero aun allí vibra su condición de maestro. Su "eros pedagógico" lo obliga a dinamizar sus palabras con el tinte selecto de su personalidad espiritual. Sólo los apasionados por causas superiores pueden ser verdaderos educadores de la juventud. En ese instante, en el vigor de sus palabras late su espíritu pleno de optimismo. Se ha colocado espiritualmente en el mismo plano de la juventud que lo escucha y en ese preciso momento toma caracteres imborrables su condición de educador. Entrega a la juventud, a manos llenas los conceptos antinómicos de la moderna filosofía, materia y espíritu, en el ejemplo concreto de realidades sociales de ese presente histórico.

Frente al utilitarismo del Norte está el espiritualismo latente de la América latina de profundas raíces en la historia. La posición de Próspero es la del que enseña, con la tranquilidad del que sabe que no impone dogmas que deformen el espíritu sino del que viene a sembrar inquietudes formadoras del espíritu: "Y advertid que cuando, en nombre de los derechos del espíritu, niego al utilitarismo norteamericano ese carácter típico con que quiere imponérsenos como suma y modelo de civilización, no es mi propósito afirmar que la obra rea-

lizada por él haya de ser enteramente perdida con relación a los que podríamos llamar, los **intereses del alma**. Sin el brazo que nivela y construye, no tendría paz el que sirve de apoyo a la noble frente que piensa. Sin la conquista de cierto bienestar material es imposible, en las sociedades humanas, el reino del espíritu". (Ariel, ob. cit. pág. 98).

"La obra del positivismo americano servirá a la causa de Ariel en último término". (Ariel, ob. cit. pág. 99).

"Esperemos que el espíritu de aquel titánico organismo social, que ha sido hasta hoy **voluntad y utilidad solamente**, sea también algún día inteligencia, sentimiento, idealidad. Esperemos que, de la enorme fragua, surgirá, en último resultado, el ejemplar humano, generoso, armónico, selecto, que Spencer creía poder augurar como término del costoso proceso de "refundición". (Ariel, ob. cit. pág. 101).

En cada corazón y en cada mente juvenil debe surgir en forma espontánea el principio de lealtad hacia las raíces histórico-sociales de América. Romper con la tradición histórica significa la muerte de los pueblos a corto plazo. "El porvenir es en la vida de las ciudades humanas el pensamiento idealizador por excelencia. De la veneración piadosa del pasado, del culto de la tradición por una parte y por la otra el atrevido impulso a lo venidero, se compone la noble fuerza que, levantando el espíritu colectivo sobre las limitaciones del presente, comunica a las agitaciones un sentido ideal". (Ariel, ob. cit. pág.)

Existe un profundo acento americano en el desarrollo de todos los órdenes de nuestra vida individual y social. Somos los herederos de una raza que vivió dejando huellas en la historia y que "al desaparecer materialmente en el tiempo", dejó, "vibrante para siempre la melancolía surgida de su espíritu" imperecedero. Nacimos de la semilla que el alma latina arrojó en tierras nuevas bajo nuevos soles y nuestro desarrollo armonioso debe tender "a producir un fruto en que su savia acrisolada" ofrezca "al porvenir, la idealidad de su fragancia y la fecundidad de su simiente." (Ariel, ob. cit. pág. 102).

No basta que despertemos en el corazón de nuestra América sus fuerzas espontáneas y emocionales; es necesario conducir las al plano de los valores profundamente humanos, hacia lo que llama "Próspero", "ideales desinteresados del espíritu", donde la fuerza del pensamiento, potencia humana, se manifieste en su totalidad.

"Yo creo que América necesita grandemente de su juventud. He ahí por qué os hablo. He ahí por qué me interesa extraordinariamente la orientación moral de vuestro espíritu. La energía de vuestra palabra y vuestro ejemplo puede llegar hasta incorporar las fuerzas vivas del pasado a la obra del futuro". (Ob. cit., Ariel, pág. 34).

"...Os hablo ahora figurándome que sois los designados a los demás en los combates por la causa del espíritu. La perseverancia de vuestro esfuerzo debe identificarse en vuestra intimidad con la certeza del triunfo. No desmayéis en predicar el Evangelio de la inteligencia a los escitas, el Evangelio de la delicadeza a los beocios, el Evangelio del desinterés a los fenicios". (Ariel, ob. cit. pág. 106).

"...El pasado perteneció todo al brazo que combate; el presente pertenece, casi por completo también al tosco brazo que nivela y construye; el porvenir —tanto más cercano cuanto más enérgicos sean la voluntad y el pensamiento de los que le ansían— ofrecerá, para el desenvolvimiento de superiores facultades del alma, la estabilidad, el escenario y el ambiente".

América latina tiene trazado su porvenir "...hospitalaria para las cosas del espíritu y no tan sólo para las muchedumbres que se amparen a ella; pensadora sin menoscabo de su aptitud para la acción serena y firme a pesar de sus entusiasmos generosos..."

En el hombre sudamericano está el germen de la latinidad hecho pensamiento y "...basta que el pensamiento insista en ser, en demostrar que existe para que su dilatación sea ineluctable y para que su triunfo sea seguro" (Ariel, ob. cit. pág. 106). "Sus poderes immanentes impulsarán al hombre de nuestras tierras a la realización de sus ideales nacidos en su vida interior. "Las razas pensadoras revelan, en la capacidad creciente de sus cráneos, ese empuje de obrero interior..." (Ariel, ob. cit. pág. 106).

Cerca de nuestro medio siglo, Mantovani en su libro "La educación y sus tres problemas" mantiene el pensamiento de Rodó con todo su dinamismo: "A nuestro continente no le queda ya otro camino que alentar y fortalecer una conciencia americana que penetre en el alma individual de cada joven y lo convierta en defensor de principios fundamentales de convivencia humana". "...América es el ámbito histórico donde la persona humana se prepara para el desenvolvimiento de una nueva etapa de sus privilegios y dignidad".

"A los pueblos no solo hay que libertarlos de dominios extraños. Hay que alentar también su interna creación, permitiendo que se doten libremente de las instituciones necesarias para el desarrollo de su propia originalidad, de su ser, de su personalidad". (Mantovani, ob. cit. pág. 115).

La "juventud que se levanta, sangre y músculo y nervio del porvenir" tiene ante sus ojos, desde la aparición de Ariel, la visión de América "cerniéndose de lo alto sobre las realidades del presente, como en la nave gótica el vasto rosetón que arde en luz sobre lo austero de los muros sombríos". (Ariel, ob. cit. pág. 107).

## PAGINAS DE ORO DE LA LITERATURA AMERICANA

“Desde Platón hasta Hegel, lo que se considera descubrir en el arte es la IDEA, cuya vida en evolución constituye la historia de las artes. Lo bello es la Idea transparentándose a través de la materia, es decir, transformada en sentimiento, sin dejar de ser revelación sobrenatural” (Estética. Charles Lalo. “Enciclopedia de Educación” Enero, 1945).

“Encuentro el símbolo de lo que debe ser nuestra alma en un cuento que evoco de un empolvado rincón de mi memoria. Era un rey patriarcal, en el Oriente indeterminado e ingenuo donde gusta hacer nido la alegre bandada de los cuentos. Vivía su reino la candorosa infancia de las tiendas de Ismael y los palacios de Pilos. La tradición lo llamó después, en la memoria de los hombres, el rey hospitalario. Inmensa era la piedad del rey. A desvanecerse en ella tendía, como por su propio peso, toda desventura. A su hospitalidad acudían lo mismo por blanco pan el miserable, que el alma desolada por el bálsamo de la palabra que acaricia. Su corazón reflejaba, como sensible placa sonora, el ritmo de los otros. Su palacio era la casa del pueblo. Todo era libertad y animación dentro de este augusto recinto, cuya entrada nunca hubo guardas que vedasen. En los abiertos pórticos, formaban corro los pastores cuando consagraban a rústicos conciertos sus ocios; platicaban al caer la tarde los ancianos; y frescos grupos de mujeres disponían, sobre trenzados juncos, las flores y los racimos de que se componía únicamente el diezmo real. Mercaderes de Ofir, buhoneros de Damasco, cruzaban a toda hora las puertas anchurosas, y ostentaban en competencia, ante las miradas del rey, las telas, las joyas, los perfumes. Junto a su trono reposaban los abrumados peregrinos. Los pájaros se citaban al mediodía para recoger las migajas de la mesa; y con el alba, los niños llegaban en bandadas bulliciosas al pie del lecho y le anunciaban la presencia del sol. Lo mismo a los seres sin ventura que a las cosas sin alma alcanzaba su liberalidad infinita. La Naturaleza sentía también la atracción de su llamado generoso; vientos, aves y plantas parecían buscar, —como en el mito de Orfeo y en la leyenda de San Francisco de Asís,— la amistad humana en aquel oasis de hospitalidad. Del germen caído al acaso, brotaban y florecían, en las junturas de los pavimentos y los muros, los alelíos de las ruinas, sin que una mano cruel los arrancase ni los hollara un pie maligno. Por las francas ventanas se tendían al interior de las cámaras del rey las enredaderas osadas y curio-

sas. Los fatigados vientos abandonaban largamente sobre el alcázar real su carga de aromas y armonías. Empinándose desde el vecino mar, como si quisieran ceñirle en un abrazo, le salpicaban las olas con su espuma. Y una libertad paradisíal, una inmensa reciprocidad de confianzas, mantenían por doquiera la animación de una fiesta inextinguible....

Pero, dentro, muy dentro, aislada del alcázar ruidoso por cubiertos canales; oculta a la mirada vulgar —como la “perdida iglesia” de Uhland en lo esquivo del bosque— al cabo de ignorados senderos, una misteriosa sala se extendía, en la que a nadie era lícito poner la planta, sino al mismo rey, cuya hospitalidad se trocaba en sus umbrales en la apariencia de ascético egoísmo. Espesos muros la rodeaban. Ni un eco del bullicio exterior; ni una nota escapada al concierto de la Naturaleza, ni una palabra desprendida de labios de los hombres, lograban traspasar el espesor de los sillares de pórvido y conmover una onda del aire en la prohibida estancia. Religioso silencio velaba en la castidad del aire dormido. La luz que tamizaban esmaltadas vidrieras, llegaba lánguida, medido el paso por una inalterable igualdad, y se diluía, como copo de nieve que invade un nido tibio, en la calma de un ambiente celeste. Nunca reinó tan honda paz; ni en oceánica gruta, ni en soledad memorosa. Alguna vez, —cuando la noche era diáfana y tranquila,— abriéndose a modo de dos valvas de nácar la artesonada techumbre, dejaba cernerse en su lugar la magnificencia de las sombras serenas. En el ambiente flotaba como una onda indisipable la casta esencia del nenúfar, el perfume sugeridor del adormecimiento penseroso y de la contemplación del propio ser. Graves cariátides custodiaban las puertas de marfil en la actitud del silenciario. En los testeros, esculpidas imágenes hablaban de idealidad, de ensimismamiento, de reposo... Y el viejo rey aseguraba que, aun cuando a nadie fuera dado acompañarle hasta allí, su hospitalidad seguía siendo en el misterioso seguro tan generosa y grande como siempre, sólo que los que él congregaba dentro de sus muros discretos eran enviados impalpables y huéspedes sutiles. En él soñaba, en él se libertaba de la realidad, el rey legendario; en él sus miradas se volvían a lo interior y se bruñían en la meditación de sus pensamientos como las guijas lavadas por la espuma; en él se desplegaban sobre su noble frente las blancas alas de Psiquis... Y luego, cuando la muerte vino a recordarle que él no había sido sino un huésped más en su palacio, la impenetrable estancia quedó clausurada para siempre abismada en su reposo infinito; nadie la profanó jamás, porque nadie hubiera osado poner la planta irreverente allí donde el viejo rey quiso estar solo con sus sueños y aislado en la última Thule de su alma”. (Ariel, ob. cit. págs. 40-43).

"...muchas veces una palabra resulta bella por la simple virtud de su sentido y asociaciones; pero a veces esta belleza expresiva se sobreañade a una cualidad musical propia de la misma palabra." (George Santayana. El sentido de la belleza, 1896. Publicación "Enciclopedia de Educación". 1945, pág. 225).

"Así habló Próspero. Los jóvenes discípulos se separaron del maestro después de haber estrechado su mano con afecto filial. De su suave palabra, iba con ellos la persistente vibración en que se prolonga el lamento del cristal herido, en un ambiente sereno. Era la última hora de la tarde. Un rayo de moribundo sol atravesaba la estancia, en medio de discreta penumbra, y tocando la frente de bronce de la estatua, parecía animar en los altivos ojos de Ariel la chispa inquieta de la vida. Prolongándose luego, el rayo hacía pensar en una larga mirada que el genio, prisionero en el bronce, enviase sobre el grupo juvenil que se alejaba. Por mucho espacio marchó el grupo en silencio. Al amparo de un recogimiento unánime se verifica en el espíritu de todos ese fino destilar de la meditación, absorta en cosas graves que un alma santa ha comparado exquisitamente a la caída lenta y tranquila del rocío sobre el vellón de un cordero. Cuando el áspero contacto de la muchedumbre les devolvió a la realidad que les rodeaba, era la noche ya. Una cálida y serena noche de estío. La gracia y la quietud que ella derramaba de su urna de ébano sobre la tierra, triunfaban de la prosa flotante sobre las cosas dispuestas por manos de los hombres. Solo estorbaba para el éxtasis la presencia de la multitud. Un soplo tibio hacía estremecerse el ambiente con lánguido y delicioso abandono, como la copa trémula en la mano de una bacante. Las sombras, sin ennegrecer el cielo purísimo se limitaban a dar a su azul el tono oscuro en que parece expresarse una serenidad pensadora..."

## CONCLUSION

Hemos recorrido Ariel. No hemos agotado su fuente inmanente de riquezas espirituales pero hemos logrado ver el alma del educador que anima sus páginas.

### "ECCE - HOMO"

"...Así como el artista deja penetrar en su alma la impresión vivida y después la devuelve al exterior como imagen inanimada, así lo pensado y conformado científicamente reacciona sobre la vida del pueblo, del cual ha nacido originariamente. El fin de todos esos esfuerzos es la juventud del pueblo, su mejor futuro. Pues educar es tener fe en la vida. El sentido verdaderamente espiritual debe estar vivo en la educación pública y esto sólo puede hacerse con el maestro animado del eros pedagógico."

Spranger. Las ciencias del espíritu. Pág. 145.

"...La psicología y la ética del educador tiene por objeto mostrar que el tipo formador de hombres representa una forma de vida espiritual peculiar tanto como la de los artistas. Y en efecto el centro de su ser se halla en un doble eros: el amor a los valores espirituales y el amor a las almas en desarrollo, en las que sospecha posibilidades productivas del valor."

Spranger. Las ciencias del espíritu. Pág. 142.

Celia Reyes de Viana.

COMISION DEL PAPEL  
EDICION IMPRESA AL  
AMPARO DEL ART. 79  
DE LA LEY 13349